José Hernández

LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

Capítulo 1

Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión,
Si me ayuda la memoria,
A mostrarles que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si a esplicarme acierto
Entre gente tan bizzarra
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla,
Que se turba mi razón,
Y de la viguela al son
Imploro a la alma de un sabio
Que venga a mover mi labio
Y alentar mi corazón

Si no llego a treinta y una
De fijo en treinta me planto,
Y esta confianza adelanto
Porque recibí en mi mismo,

Con el agua del bautismo,
La facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico
La razón me la han de dar;
Y si llegan a escuchar
Lo que esplicaré a mi modo,
Digo que no han de rair todos:
Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
El que tuvo que sufrir,
Y empezaré por pedir
No duden de cuanto digo;
Pues debe creerse al testigo
Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la virgen,
Gracias le doy al señor,
Porque entre tanto rigor
Y habiendo perdido tanto,
No perdí mi amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Otorgó el Eterno Padre;
Cante todo el que le cuadre
Como lo hacemos los dos
Pues sólo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta;
Canta el gaucho... y, !ay Jesús!,
Lo miran como avestruz,
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Para distinguir la luz.

El campo es del inorante,
El pueblo del hombre estruido;
Yo que en el campo he nacido
Digo que mis cantos son
Para los unos... sonidos,
Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar

Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda
Cuanto sabe desembucha,
Y aunque mi cencia no es mucha,
Esto en mi favor previene;
Yo se el corazón que tiene
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar;
Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
Sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
Que del saber hago alarde;
He conocido aunque tarde,
Sin haberme arrepentido,
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará;
He de decir la verdá;
De naides soy adulón;
Aqui no hay imitación;
Esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber;
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar;
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan,
Más que las cosas que tratan,
Más que los que ellos relatan,
Mis cantos han de durar;
Mucho ha habido que mascar
Para echar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,
Brota un lamento sentido;

Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño
Que reto a todos los años
A que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto
Cómo se compone el baile;
Y no se sorprenda naides
Si mayor fuego me anima;
Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire.

Y con la cuerda tirante
Dende que ese tono elija,
Yo no he de aflojar manija
Mientras que la voz no pierda,
Si no se corta la cuerda
O no cede la clavija.

Aunque rompí el estrumento
Por no volverme a tentar,
Tengo tanto que contar
Y cosas de tal calibre,
Que Dios quiera que se libre
El que me enseñó a templar

De naides sigo el ejemplo,
Naides a dirigirme viene;
Yo digo cuanto conviene,
Y el que en tal güeya se planta,
debe cantar, cuando canta,
Con toda la voz que tiene

He visto rodar la bola
Y no se quiere parar;
Al fin de tanto rodar
Me he decidido a venir
A ver si puedo vivir
Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
Y tambien echar un pial;
Sé correr en un rodeo,
Trabajar en un corral;
Me se sentar en un pértigo
Lo mesmo que en un bagual

Y enpriéstenmé su atención

Si ansí me quieren honrar
De no, tendré que callar,
Pues el pájaro cantor
Jamás se para de cantar
En árbol que no da flor

Hay trapitos que golpiar
Y de aquí no me levanto;
Si quieren que desembuche:
Tengo que decirles tanto
Que les mando que me escuchen.

Déjenmé tomar un trago:
Estas son otras cuarenta
Mi garganta esta sedienta,
Y de esto no me abochorno,
Pues el viejo, como el horno,
Por la boca se calienta.

Capitulo 2

Triste suena mi guitarra
Y el sunto lo requiere;
Ninguno alegrías espere
Sino sentidos lamentos
De aquel que en duros tormentos
Nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
Y largarse a tierra ajena
Llevándose la alma llena
De tormentos y dolores;
Mas nos llevan los rigores
Como el pampero a la arena;

Irse a cruzar el desierto
Lo mesmo que un forajido,
Dejando aquí en el olvido,
Como dejamos nosotros,
Su mujer en brazos de otro
Y sus hijitos perdidos

!Cuantas veces al cruzar
En esa inmensa llanura,
Al verse en tal desventura
Y tan lejos de los suyos,
Se tira uno entre los yuyos

A llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo
Solitario lo pasaba,
En mil cosas cavilaba
Y, a una güelta repentina,
Se me hacía ver a mi china
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
Bebe el pingo trago a trago,
Mientras sin ningún halago
Pasa uno hasta sin comer,
Por pensar en su mujer,
En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
Para el desierto tiramos
En la pampa nos entramos,
Cayendo, por fin del viaje,
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía:
Llegamos en mal momento;
Estaban de parlamento
Tratando de una invasión
Y el indio en tal ocasión
recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar;
No podiamos aplacar
Tan peligroso hervidero;
Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanciar.

Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos;
Estaban irresolutos;
!Quién sabe qué pretendían!
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
Uno desató las bolas
Y se nos vino enseguida;

Ya no créiamos con vida
Salvar ni por carambola.

Alla no hay misericordia
Ni esperanza que tener;
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe,
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr

Cruz se dispuso a morir
Peliando y me convidó.
"Aguantemos", dije yo,
"El fuego hasta que nos queme".
Menos los peligros teme
Quien más veces lo venció.
Se debe ser mas prudente

Cuando el peligro es mayor;
Siempre se salva mejor
Andando con alvertencia
Porque no está la prudencia
Reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz
Como a trairnos el perdón;
Nos dijo:"La salvación
Se la deben a un cacique;
Me manda que les esplique
Que se trata de un malón.

"Les ha dicho a los demás
Que ustedes quedan cautivos
Por si cain algunos vivos
En poder de los cristianos,
Rescatar a sus hermanos
Con estos dos fugitivos."

Volvieron al parlamento
A tratar de sus alianzas,
O tal vez de las matanzas,
Y, conforme les detallo,
Hicieron cerco a caballo
recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
Y alli a lengüetiar se larga;
!Quién sabe qué les encarga!

Pero toda la riunión
Lo escuchó con atención
Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
Y ya principiaba otra danza;
Para mostrar su pujanza
Y dar pruebas de jinete,
Dió riendas rayando el flete
Y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,
Frente a cada indio se para,
Lo amenaza cara a cara
Y, en su juria, aquel maldito
Acompaña con su grito
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
Mas feo que la mesma guerra:
Entre una nube de tierra
Se hizo allí una mezcolanza
De potros, indios y lanzas,
Con alaridos que aterran.
Parece un baile de fieras

Sigún yo me lo imagino;
Era inmenso el remolino,
Las voces aterradoras;
Hasta que al fin de dos horas
Se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
Y en el centro nos ponían;
Para mostrar que querían
Quitarnos toda esperanza,
Ocho o diez filas de lanzas
Alrrededor nos hacían.

Allí estaban vigilante
Cuidandonos a porfía;
Cuando roncar parecían
"Huincá", gritaba cualquiera,
Y toda la fila entera
"Huincá", "huincá", repetía.

Pero el indio es dormilón
Y tiene un sueño projundo;

Es roncador sin segundo
Y en tal confianza es su vida,
Que ronca a pata tendida
Aunque se de güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo
Como aquel que se previene,
Porque siempre les conviene
Saber las juerzas que andan,
Donde estan, quienes las mandan,
Que caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
Uno hace una esclamación,
Y luego en continuación
Aquellos indios feroces,
Cientos y cientos de voces
Repiten al mesmo son.

Y aquella voz de un solo,
Que empieza por un gruñido,
Lega hasta ser alarido
De toda la muchedumbre,
Y ansí adquieren la costumbre
De pegar esos bramidos.

Capítulo 3

De ese modo nos hallamos
Empeñaos en la partida;
No hay que darla por perdida
Por dura que sea la suerte,
Ni que pensar en la muerte,
Sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón,
No teme peligro alguno;
Por encontrarlo oportuno
Allí juramos los dos:
Respetar tan sólo a Dios;
De Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña;
La gente esperta o bisoña
Sufre de infinitos modos;
La tierra es madre de todos,

Pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
Sufre tranquilo sus males;
Yo siempre los hallo iguales
En cualquier senda que elijo;
La desgracia tiene hijos,
Aunque ella no tiene madre.

Y al que le toca la herencia,
Donde quiera halla su ruina:
Lo que la suerte destina
No puede el hombre evitar,
Porque el cardo ha de pinchar
Es que nace con espinas.

Es el destino del pobre
Un continuo zafarrancho
Y pasa como el carancho,
Porque el mal nunca se sacia,
Si el viento de la desgracia
Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
Manda también el consuelo:
La luz que baja del cielo
Alumbra al más encumbrao,
Y hasta el pelo mas delgao
Hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
Un rigor que lo atormente,
No debe bajar la frente
Nunca, por ningún motivo:
El álamo es mas altivo
Y gime constantemente.

El indio pasa la vida
Robando o echao de panza;
La única ley es la lanza
A que se ha de someter:
Lo que le falta en saber
Lo suple con descondianza.

Fuera cosa de engarzarlo
A un indio caritativo:
Es duro con el cautivo,
Le dan un trato horroroso;

Es astuto y receloso,
es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor
Ni que aguardar tolerancia;
Movidos por su inorancia
y de puro desconfiaos,
Nos pusieron separaos
Bajo sutil vigilancia.

No pude tener con Cruz
Ninguna conversación:
No nos daban ocasión,
Nos trataban como ajenos
Como dos años, lo menos,
Duro esta separación.

Relatar nuestras penurias
Fuera alargar el asunto.
Les diré sobre este punto
Que a los dos años recién
Nos hizo el cacique el bien
De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
A la orilla de un pajal;
Por no pasarlo tan mal
Hicimos como un bendito
En el desierto infinito,
Con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí
Nuestra pobre situación,
Aliviando con la unión
Aquel duro cautiverio,
Tristes como un cementerio
Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
Si ha rodar se determina,
Primero, cuando camina;
Segundo, cuando descansa;
Pues en aquellas andanzas
Perece el que se acoquina

Cuando es manso el ternerito
En cualquier vaca se priende;
El que es gaucho esto lo entiende

Y ha de entender si le digo
Que andábamos con mi amigo
Como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
Charlábamos mano a mano:
Eramos dos veteranos
Mansos pa las sabandijas,
Arrumbaos como cubijas
Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
Por mas empeño que se haga;
Lo pasa uno como plaga,
Ejercitando la industria,
Y siempre como la nutria
Viviendo a la orilla del agua.

En semejante ejercicio
Se hace diestro el cazador:
Cai el piche engordador,
cai el pájaro que trina;
Todo bicho que camina
Va parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos
La persecución se lleva;
Nadie escapa de la leva
Y dende que el alba asoma
Ya recorre uno la loma,
El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
A cualquier bicho se atreve,
Que pluma o cáscara lleve,
Pues, cuando la hambre se siente,
El hombre le clava el diente
A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
Esta el maistro principal
Que enseña a cada animal
A procurarse el sustento,
Y le brinda el alimento
A todo ser racional.

Y aves y bichos y pejes
Se mantienen de mil modos:

Pero el hombre en su acomodo
Es curioso de oservar:
Es el que sabe llorar
Y es el que los come a todos.

Capítulo 4

Antes de aclarar el día
Empieza el indio a aturdir
La pampa con su rugir,
Y en alguna madrugada,
Sin que sintiéramos nada,
se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
En cuevas como peludos;
Y aquellos indios cerdudos,
Siempre llenos de recelos,
En los caballos en pelos
Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
El mejor flete procuran;
Y como es su arma segura
Vienen con la lanza sola,
Y varios pares de bolas
Atados a la cintura.

De ese modo anda liviano
No fatiga al mancarrón;
es su espuela en el malón,
Después de bien afilao,
Un cuernito de venao
Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
Que se llega a distinguir,
Lo cuida hasta pa dormir;
De ese cudao es esclavo.
Se lo alquila a otro indio bravo
Cuando vienen a invadir

Por vigilarlo no come
Y ni aun el sueño concilia:
Sólo en eso no hay desidia;
De noche les asiguro,
Para tenerlo siguro

Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
Si en el caso se han hallao,
Y si no lo han observao,
Tenganló dende hoy presente,
Que todo pampa valiente
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo,
Paso que rinde y que dura;
Viene en dirección sigura
Y jamas a su capricho;
No se les escapa bicho
En la noche mas escura.

Caminan entre nieblas
Con un cerco bien formao;
Lo estrechan con gran cuidao
Y agarran, al aclarar,
Ñanduces, gamas, venaos,
Cuanto a podido dentrar.

Su señal es un humito
Que se eleva muy arriba,
Y no hay quien no lo aperciba
Con esa vista que tienen;
De todas partes se vienen
A engrosar la comitiva.

Ansina se van juntando,
Hasta hacer esas riuniones
Que cain en las invasiones
En número tan crecido;
Para formarla han salido
De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
Porque viene como fiera;
Atropella donde quiera
Y de asolar no se cansa;
De su pingo y de su lanza
Toda salvacion espera.

Debe atarse bien la faja
Quien a aguardarlo se atreva;
Siempre mala intención lleva,
Y, como tiene alma grande,

No hay plegaria que lo ablande
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
Hace guerra sin cuartel;
Para matar es sin yel,
Es fiero de condición;
No golpia la compasión
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
Del leon la temeridá;
En el desierto no habrá
Animal que él no lo entienda,
Ni fiera de que no aprienda
Un instinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie:
No esperen verlo cambiar;
El deseo de mejorar
En su rudeza no cabe;
El bárbaro solo sabe
Emborracharse y peliar.

El indio nunca ríe,
Y el pretenderlo es en vano,
Ni cuando festeja ufano
El triunfo en sus correrías;
La risa en sus alegrías
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan en el desierto
Como un animal feroz;
Dan cada alarido atroz
Que hace erizar los cabellos;
Parece que a todos ellos
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
Lo dejan a las mujeres:
El indio es indio y no quiere
Apiar de su condición
Ha nacido indio ladrón
Y como indio ladrón muere.

El que envenenan sus armas
Les mandan sus hechiceras;
Y como ni a Dios veneran,

Nada a los pampa contiene:
Hasta los nombres que tienen
Son de animales y fieras.

Y son, !por Cristo bendito!,
Los más desasiaos del mundo:
Esos indios vagabundos,
Con repunancia me acuerdo,
Viven lo mesmo que el cerdo
En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
Una miseria mayor;
Su pobreza causa horror;
No sabe aquel indio bruto
Que la tierra no da fruto
Si no la riega el sudor.

Capítulo 5

Aquel desierto se agita
Cuando la invasion regresa;
Llevan miles de cabezas
De vacuno y yeguarizo;
Pa no afligirse es preciso
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
De pampas -un celemín-.
Cuando riunen el botín
Juntando toda la hacienda,
Es cantidá tan tremenda
Que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
Con las prendas en montón;
Aflige esa destrucción:
Acomodaos en cargueros
Llevan negocios enteros
Que han saquiao en la invasión.

Su pretensión es robar,
No quedar en el pantano;
Viene a tierra de cristianos
Como juria del infierno;
No se llevan al Gobierno
Poerque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contento
Cuando han venido a la fija;
Antes que ninguno elija
Empiezan con todo empeño,
Como dijo un santiagueño,
A hacerse la repartija.

Se reparten el botín
Con igualdad, sin malicia;
No muestra el indio codicia,
Ninguna falta comete:
Solo en eso se somete
A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
A sus toldos enderieza;
Luego la matanza empieza
Tan sin razon ni motivo,
Que no queda animal vivo
De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
De que su oficio ha cumplido,
Lo pasa por ahi tendido
Volviendo a su haraganiar,
Y entra la china a cueriar
Con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
Algunas puntas se llevan;
Pero hay pocos que se atrevan
A hacer esas incursiones,
Porque otros indios ladrones
Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
Deben de ser los mas rudos;
Aunque andan medio desnudos
Ni su conveniencia entienden:
Por una vaca que venden
Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
Las he visto muchos años;
Pero si yo no me engaño
Concluyó ese vandalaje,
Y esos bárbaros salvajes
No podran hacer mas daño.

Las tribus están deshechas;
Los caciques más altivos
Estan muertos o cautivos,
Privaos de toda esperanza,
Y de la chusma y de la lanza,
Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
Hasta pa su diversión,
Pues hacen una junción
Que naides se la imagina;
Recien le toca a la china
El hacer su papelón.

Cuando el hombre es mas salvaje
Trata pior a la mujer:
Yo no sé que pueda haber
Sin ella dicha ni goce.
!Feliz el que la conoce
Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
Busca a su lao los placeres;
Justo es que las considere
El hombre de corazón;
Sólo los cobardes son
Valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
Pronta la mujer está;
Cuando en su camino va
No hay peligro que le asuste;
Ni hay una a quien no le guste
Una obra de caridá.

No se allará una mujer
A la que esto no le cuadre;
Yo alabo al Eterno Padre,
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dió corazón de madre.

Es piadosa y diligente
Y sufrida en los trabajos;
Tal vez su valor rebajo
Aunque la estimo bastante;
Mas los indios inorantes

La trata al estropajo.

Echan la alma trabajando
Bajo el mas duro rigor;
El marido es su señor,
Como tirano la manda,
Porque el indio no se ablanda
Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
Ni sabe lo que es amar.
?Ni que se puede esperar
De aquellos pechos de bronce?
Yo los conocí al llegar
Y los calé dende entonces.

Mientras tiene qué comer
Permanece sosegao;
Yo que en sus toldos he estao
Y sus costumbres oservo,
Digo que es como aquel cuervo
Que no volvio del mandao.

Es para él como un juguete
Escupir un crucifijo;
Pienso que Dios los maldijo
Y ansina al ñudo desato:
El indio, el cerdo y el gato
Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
No ocuparé su atención;
Debo pedirles perdón,
Pues sin querer me distraje;
Por hablar de esos salvajees
Me olvidé de la junción.

Hacen un cerco de lanzas,
Los indios quedan ajuera;
Dentra la china ligera
Como yeguada en la trilla,
Y empieza allí la cuadrilla
A dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques,
Capitanejos y el trompa
Tocando con toda pompa
Como un toque de fajina;

Adentro muere la china,
Sin que aquel circulo rompa.

Muchas veces se les oyen
A las pobres los quejidos;
Mas son lamentos perdidos:
Al rededor del cercao,
En el suelo están mamaos
Los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra
Y de ahi no salen jamás;
llevan todas el compás
"Ioká-ioká" repitiendo;
Me parece estarlas viendo
Mas fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco,
Sudando, hambrientas, juriosas,
Desgreñadas y rotosas,
De sol a sol se lo llevan:
Bailan aunque truene o llueva,
Cantando la mesma cosa.

Capítulo 6

El tiempo sigue su giro
Y nosotros, solitarios;
De los indios sanguinarios
No teníamos qué esperar;
El que nos salvó al llegar
Era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
Cristiano anhelaba ser;
La justicia es un deber,
Y sus méritos no callo:
Nos regaló unos caballos
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntad de Dios
Ni con la intención resisto:
El nos salvó...!ah, Cristo!,
Muchas veces he deseado
No nos hubiera salvado
Ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios
Jamás los debe olvidar;
Y al que tiene que rodar
En su vida trabajosa,
Le pasan a veces cosas
Que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco
En lo triste del pasaje;
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra;
Dentró una virgüela negra
Que los diezmó

Al sentir tal mortandá
Los indios, desesperaos,
Gritaban alborotados:
"!Cristiano echando gualicho!"
No quedó en los toldos bicho
Que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,
Los tienen las adivinan;
No los conocen las chinas
Sino alguna ya muy vieja,
Y es la que lo aconseja
Con mil embustes, la indina.

Alli soporta el paciente
Las terribles curaciones,
Pues a golpes y estrujones
Son los remedios aquellos:
Los agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías
Que el presenciarlas da horror;
Brama el indio de dolor
Por los tormentos que pasa,
Y untandolo todo de grasa
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba,
Alrededor le hacen fuego;
Una china biene luego
Y al oido le da de gritos;
Hay algunos tan malditos
Que sanan con este juego.

A otros les cuecen la boca
Aunque de dolores cruja;
Lo agarran allí y lo estrujan,
Labios le queman y diente
Con un güevo bien caliente
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
Y pierde toda esperanza;
Si a escapárseles alcanza
Dispara como la liebre;
Le da delirios la fiebre,
Y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
Y aunque de esto no disputo
Ni de saber me reputo,
"Será", decíamos nosotros,
"De tanta carne de potro
Como comen esos brutos".

Había un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco,
Y lo augaron en un charco
Por causante de la peste;
Tenía los ojos celestes
Como potrillo zarco.

Que le dieran esa muerte
Dispuso una china vieja,
Y aunque se aflije y se queja,
Es inútil que resista:
Ponia el infeliz la vista
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago;
Cruz sentia los amagos
De la peste que reinaba,
Y la idea nos acosaba
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se rebela.
!La sangre se me congela!
El que nos había salvado
Cayó tambien atacado

De la fiebre y la virgüela.

No podiamos dudar,
Al verlo en tal padecer,
El fin que habia de tener,
Y Cruz que era tan humano:
"Vamos", me dijo,"paisano
A cumplir con un deber".

Fuimos a estar a su lado
Para ayudarlo a curar;
Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros;
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanciar.

Iba creciendo la plaga
Y la mortandá seguía.
A su lado nos tenía
Cuiandolo con pacencia,
Pero acabó su esistencia
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta;
Se renueva mi pesar;
Me dan ganas de llorar;
Nada a mis penas igualo;
Cruz también cayó muy malo
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuánto tuve que sufrir;
Yo no haciá sino gemir,
Y aumentaba mi aflición
No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,
Y el pobre estaba en un grito;
Me recomendó un hijito
Que en su pago había dejado:
"Ha quedado abandonado".
Me dijo, "aquel pobrecito".

"Si vuelve, búsquemeló",
Me repetía a media voz;
"En el mundo eramos dos,
Pues él ya no tiene madre;

Que sepa el fin de su padre
Y encomiende mi alma a Dios".

Lo apretaba contra el pecho,
Dominao por el dolor;
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles
Sufriendo dolores crueles
Entrego su alma al Criador.

De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús.
Faltó a mis ojos la luz,
Tuve un terrible desmayo;
Cai como herido del rayo
Cuando lo vi muerto a Cruz.

Capítulo 7

Aquel bravo compañero
En mis brazos espiró;
Hombre que tanto sirvio,
Varon que fue tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
Yo mesmo lo sepulté;
A Dios por su alma rogué
De dolor el pecho lleno,
Y humedeció aquel terreno
El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación;
No hay falta de que me acuse,
Ni deber de que se escuse,
Aunque de dolor sucumba:
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
Y todo me fastidiaba;
El pesar me dominaba,
Y entregao al sentimiento
Se me hacía cada momento
Oir a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos, los criollos
Saben lo que es amargura;
En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo,
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo
Teniendo a Dios por testigo,
Y mis pensamientos fijos
En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tierra ajena,
Parece que se encadena
El tiempo y que no pasara,
Como si el sol se parara
A contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mí
Y entregao a mi aflición,
Estando allí una ocasión,
Del lao que venía el viento
Oi unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
En los toldos del salvaje,
Pues aquél es vandalaje
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada,
A bolazos y coraje.

No preciso juramento,
Deben creerle a Martín Fierro;
He visto en este destierro
A un salvaje que se irrita,
Degollar a una chinita
Y tirarsela a los perros.

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades,
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina,
Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
Que llegaban hasta mí;
Al punto me dirigí
Al lugar de ande venían:
!Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí!.

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena,
Y como una madalena
Lloraba con toda gana;
Conocí que era cristiana
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao,
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y vi que tenía en la mano

Capítulo 8

Mas tarde supe por ella,
De manera positiva,
Que dentró una comitiva
De pampas a su partido,
Mataron a su marido
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
Hacían dos años que estaba;
Un hijito que llevaba
A su lado lo tenía.
La china la aborrecía
Tratandola como esclava.

Deseaba para escaparse
hacer una tentativa,
Pues a la infeliz cautiva
Naides la va a redimir,
Y allí tiene que sufrir
El tormento mientras viva.

Aquella china perversa,
Dende el punto que llegó,
Crueldá y orgullo mostró

Porque el indio era valiente:
Usaba un collar de dientes
De cristianos que él mató.

La mandaba a trabajar,
Poniendo cerca a su hijito
Tiritando y dando gritos,
Por la mañana temprano,
Atado de pies y manos
Lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea
De juntar leña y sembrar
Viendo a su hijito llorar,
Y hasta que no terminaba,
La china no la dejaba
Que le diera de mamar.

Cuando no tenían trabajo
La emprestaban a otra china,
"Naides", decía, "se imagina,
Ni es capaz de presumir
Cuanto tiene que sufrir
La infeliz que esta cautiva.

Si ven crecido a su hijito,
Como de piedá no entienden
Y a suplicas nunca atienden,
Cuando no es éste es el otro,
Se lo quitan y lo venden
O lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos
Son bárbaros por demás.
No lo habia visto jamás:
En una tabla los atan,
Los crian así, y les achatan
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca extraño,
Ninguno lo ponga en duda:
Entre aquella gente ruda,
En su bárbara tropeza,
Es gala que la cabeza
Se les forme puntiaguda.

Aquella china malvada,
Que tanto la aborrecía,

Empezó a decir un día,
Porque falleció una hermana,
Que sin duda la cristiana
Le había echado brujería

El indio la sacó al campo
Y la empezó a amenazar
Que le había de confesar
Si la brujería era cierta;
O que la iba a castigar
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida,
Pero el indio, en su rigor,
Le arrebató con juror
Al hijo de entre sus brazos,
Y del primer rebencazo
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
Azotándola seguía;
Más y más se enfurecía
Cuanto mas la castigaba
Y la infeliz se atajaba
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
"Confechando no querés;"
La dió vuelta de un revés
Y, por colmar su amargura,
A su tierna criatura
Se la desgolló a los pies.

"Es increible" me decía,
"Que tanta fiereza esista;
No habrá madre que resista;
Aquel salvaje inclemente
Cometió tranquilamente
Aquel crimen a mi vista."

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano:
"Es bárbaro inhumano"
-Sollozando me lo dijo-
"Me amarró luego las manos
Con las tripitas de mi hijo."

Capítulo 9

De ella fueron los lamentos
Que en mi soledá escuché:
En cuanto al punto llegué,
Quedé enterado de todo:
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante tutubié.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
Tenia dende abajo arriba
Las marcas de los lazazos:
Sus trapos echos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
En sus lágrimas bañada;
Tenía las manos atadas;
Su tormento estaba claro;
Y me clavó una mirada
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó
En mi pecho en ese instante;
Estaba el indio arrognte
Con una cara feroz:
Para entendernos los dos
La mirada fué bastante.

Pegó un brinco como gato
Y me ganó la distancia,
Aprovechó esa distancia
Como fiera cazadora:
Desató las boliadoras
Y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
Y no por buscar contienda,
Al pingo le até la rienda,
Eché mano dende luego
A éste que no yerra juego,
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
Al momento conocí;
Nos mantuvimos ansí,
Me miraba y lo miraba:
Yo al indio le desconfiaba,

Y él me descofiaba a mí.

Se debe ser precavido
Cuando el indio se agazape:
En esa postura el tape
Vale por cuatro o por cinco;
Como el tigre es para el brinco
Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
Y era peligro el juir,
Y más peligro seguir
Esperando de ese modo,
Pues otros podían venir
Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
Muchas veces he salvado,
Pues es un trance apurado
Es mortal cualquier descuido;
Si Cruz hubiera vivido
No habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro
En valor y en juerza crece;
El temor desaparece;
Escapa de cualquier trampa;
Entre dos, no digo a un pampa,
A la tribu, si se ofrece.

En tamaña incertidumbre,
En trance tan apurado,
No podía por de contado
Escarparme de otra suerte,
Sino dando al indio muerte
O quedando alli estirado.

Y como el tiempo pasaba
Y aquel asunto me urgía,
Viendo que él no se movía
Me juí medio de soslayo
Como a agarrarle el caballo,
A ver si se me venía.

Ansí jué, no aguardó más
Y me atropelló el salvaje;
Es preciso que se ataje
Quien con el indio pelee;

El miedo de verse a pie
Aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
Me largó un par de bolazos;
Uno me tocó en un brazo;
Si me da bien, me lo quiebra,
Pues las bolas son de piedra
Y vienen como balazo.

A la primer puñalada
El pampa se hizo un ovillo;
Era el salvaje mas pillo
Que he visto en mis correrías,
Y, a más de las picardías,
Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza;
Las recogía con presteza
Y me las volvía a largar,
Haciéndomelas silbar
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,
Era cauteloso... !ahijuna!
Ahí me valió la fortuna
De que peliando se apotra
Me amenazaba con una
Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia
En aquel percance amargo;
En momento que lo cargo
Y que él reculando va,
Me enredé en el chiripá
Y caí tirao largo a largo.

Ni pa enconmendarme a Dios
Tiempo el salvaje me dió;
Cuanto en el suelo me vió
Me saltó con ligereza:
Juntito de la cabeza
El bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
Dejó el indio de apretarme;
Allí pretende ultimarme

Sin dejarme levantar,
Y no me daba lugar
Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme:
Aquel indio no me suelta.
Como persona resuelta
Toda mi juerza ejecuto,
Pero abajo de aquel bruto
No podía ni darme güelta.

!Bendito, Dios poderoso,
Quien te puede comprender!
Cuando a una débil mujer
Le diste en esa ocación
La juerza que en un varón
Tal vez no pudiera haber.

Esa infeliz tan llorosa,
Viendo el peligro se anima;
Como una flecha se arrima
Y olvidando su aflición,
Le pegó al indio un tirón
Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
Me libertó del apuro;
Si no es ella, de siguro
Que el indio me sacrifica;
Y mi valor se duplica
Con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
Nos volvimos a topar,
No se podía descansar
Y me chorriaba el sudor:
En un apuro mayor
Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
Como deben suponer;
Se había aumentao mi quehacer
Para impedir que el brutazo
Le pegar algún bolazo
De rabia a aquella mujer.

La bola en manos del indio
Es terrible y muy ligera;

Hace de ella lo que quiera
Saltando como una cabra.
Mudos, sin decir palabra,
Peliábamos comos fieras.

Aquel duelo en el desierto
Nunca jamás se me olvida;
Iba jugando la vida
Con tan terrible enemigo,
Teniendo allí de testigo
A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
Yo más me empiezo a calmar;
Mientras no logra matar
El indio no se desfoga;
Al fin le corté una soga
Y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
De un bolazo aquel maldito;
Y al tiempo que le di un grito
Y le dentro como bala,
Pisa el indio, y se refala
En el cuerpo del chiquito.

Para explicar el misterio
Es muy escasa mi cencia:
Lo castigó, en mi conciencia,
Su Divina Majestá;
Donde no hay casualidá
Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
Más de firme lo cargué,
Y aunque de nuevo hizo pie
Lo perdió aquella pisada;
Pues en esa atropellada
En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
Se puso medio afligido,
Pero era indio decidido,
Su valor no se aquebranta;
Le salían de la garganta
Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza,

La sangre lo enceguecía;
De otra herida le salía
Haciendo un charco ande estaba,
Con los pies chapaliaba
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno:
Ella en su dolor materno,
Yo con la lengua dejuera,
Y el salvaje como fiera
Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
Que tocaban a degüello:
Se le erizaba el cabello
Y los ojos revolvía;
Los labios se le perdían
Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
Le pegué un golpe sentido,
Y al verse ya malherido,
Aquel indio furibundo
Lanzó un terrible alrido
Que retumbó como un ruido
Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar,
En el cuchillo lo alcé,
En peso lo levanté
Aquel hijo del desierto;
Ensartado lo llevé,
Y allá recién lo largué
Cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
De haber salvado la vida;
Aquella pobre afligida,
De rodillas en el suelo,
Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.

Me hinqué también a su lado
A dar gracias a mi santo;
En su dolor y quebranto
Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto

Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
Cuando acabó de implorar,
Y, sin dejar de llorar,
Envolvió en uno trapitos
Los pedazos de su hijito,
Que yo le ayudé a juntar.

Capítulo 10

Dende ese punto era juerza
abandonar el desierto,
Pues me hubieran descubierto,
Y aunque lo maté en pelea,
De fijo que me lancean
Por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva
Mi caballo le ofrecí:
Era un pingo que adquirí,
Y, donde quiera que estaba,
En cuanto yo lo silbaba
Venia a refregarse en mí.

Yo me lo senté al del pampa;
Era un escuro tapao
(Cuando me hallo bien montao
De mis casillas me salgo),
Y era un pingo como galgo
Que sabía correr boliao.

Para correr en el campo
No hallaba ningun tropiezo;
Los ejercitan en eso,
Y los ponen como luz,
De dentrarle a un aveztruz
Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
Como pa un etrevero:
Como rayo es de ligero
En cuando el indio lo toca,
Y como trompo en la boca
Da gueltas sobre un cuero.

Lo varea en la madrugada

(Jamas falta a este deber),
Luego lo enseña a correr
Entre fangos y guadales:
Asina esos animales
Es cuanto se puede ver.

En el caballo de un pampa
No hay peligro de rodar,
!Jue pucha!, y pa disparar
Es pingo que no se cansa;
Con prolijidad lo amansa
Sin dejarlo corcoviar.

Pa quitarle las cosquillas
Con cuidao lo manosea;
Horas enteras emplea,
Y, por fin, sólo lo deja
Cuando agacha las orejas
Y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe,
Porque lo trata al bagual
Con paciencia sin igual
-Al domarlo no le pega-,
Hasta que al fin se le entrega
Ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos
Me sé sacudir el polvo,
A esa costumbre me amoldo:
Con pacencia lo manejan
Y al día siguiente lo dejan
Rienda arriba junto al toldo.

Ansí todo el que procure
Tener un pingo modelo,
Lo ha de cuidar con desvelo
Y debe impedir también
El que de golpes le den
O tironeen en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
Con el rigor y el azote,
Y, si ven al chafalote
Que tiene trazas de malo,
Lo embraman en algún palo
Hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretestos
Y güeltas para ensillarlo;
Dicen que es por quebrantarlo,
Mas compriende cualquier bobo
Que es de miedo del corcovo,
Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo
-Perdónenme esta alvertencia-
Es de mucha conocencia
Y tiene mucho sentido;
Es animal consentido:
Lo cautiva la pacencia.

Aventaja a los demás
El que estas cosas entienda;
Es bueno que el hombre aprienda,
Pues hay pocos domadores
Y muchos frangoyadores
Que andan de bozal y, rienda.

Me vine, como les digo,
Trayendo esa compañera;
Marchamos la noche entera,
Haciendo nuestro camino,
Sin más rumbo que el destino
Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
Había tratao de enterrarlo,
Y después de maniobrarlo
Lo tapé bien con las pajas,
Para llevar de ventaja
Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausiencia
Nos habían de perseguir,
Y, al decidirme a venir,
Con todo mi corazón
Hice la resolución
De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
Cruzar juyendo el desierto:
Muchísimos de hambre han muerto,
Pues en tal desasosiego
No se puede ni hacer juego,
Para no ser descubierto.

Sólo el albitrio del hombre
Puede ayudarlo a salvar:
No hay ausilio que esperar,
Sólo de Dios hay amparo;
En el desierto es muy raro
Que uno se pueda escapar.

!Todo es cielo y horizonte
En inmenso campo verde!
!Pobre de aquel que se pierde
O que su rumbo estravea!
Si alguien cruzarlo desea,
Este consejo recuerde:

Marque su rumbo de día
Con toda fidelidá;
Marche con puntualidá,
Sigiéndoló con fijeza,
Y, si duerme, la cabeza
Ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero
Adonde el sol aparece;
Si hay ñeblina y le entorpece
Y no lo puede oservar,
Guárdese de caminar,
Pues quien se pierde perece.

Dios le dió istintos sutiles
A toditos los mortales;
El hombre es uno de tales,
Y en las llanuras aquelas,
Lo guían el sol, las estrellas,
El viento y los animales.

Para ocultarnos de día
A la vista del salvaje,
Ganábamos un paraje
En que algún abrigo hubiera,
A esperar que anocheciera
Para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
Y miserias padecimos:
Varias veces no comimos
O comimos carne cruda,
Y en otras, no tengan duda,

Con raices nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
Tan peligrosa inquietú,
Alcanzamos con salú
A divisar una sierra,
Y al fin pisamos la tierra
En donde crece el ombú.

Nueva pena sintió el pecho
Por Cruz, en aquel paraje,
Y en humilde vasallaje
A la Majestá infinita,
Besé esta tierra bendita,
Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
De Dios nos quiso amparar;
Es preciso soportar
Los trabajos con constancia:
Alcanzamos a una estancia
Después de tanto penar.

Ah¡ mesmo me despedí
De mi infeliz compañera:
"Me voy", le dije,"ande quiera,
Aunque me agarre el Gobierno,
Pues, infierno por infierno
Prefiero el de la frontera."

Concluyo esta relación,
Ya no puedo continuar;
Permítanmé descansar:
Estan mis hijos presentes,
Y yo ansioso porque cuenten
Lo que tengan que contar.

Capítulo 11

Y mientras que tomo un trago
Pa refrescar el garguero,
Y mientras tiempla el muchacho
Y prepara su estrumento,
Les contaré de qué modo
Tuvo lugar el encuentro.
Me acerqué a algunas estancias

Por saber algo de cierto,
Creyendo que en tantos años
Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Jué que estábamos lo mesmo.
Ansí, me dejaba andar
Haciéndome el chancho rengo,
Porque no me convenía
Revolver el avispero;
Pues no inorarán ustedes
Que en cuentas con el Gobierno
Tarde o temprano lo llaman
Al pobre a hacer el arreglo.
Pero al fin tuve la suerte
De hallar un amigo viejo
que de todo me informó,
Y por él supe al momento
Que el Juez que me perseguía
Hacía tiempo que era muerto:
Por culpa suya he pasado
Diez años de sufrimiento
Y no son pocos diez años
Para quien ya llega a viejo.
Y los he pasado ansí,
Si en mi cuenta no me yerro:
Tres años en la frontera,
Dos como gaucho matrero,
Y cinco allá entre los indios
Hacen los diez como yo cuento.
Me dijo, a más, ese amigo
Que anduviera sin recelo,
Que todo estaba tranquilo,
Que no perseguía el Gobierno,
Que ya naides se acordaba
De la muerte del moreno,
Aunque si yo lo maté
Mucha culpa tuvo el negro.
Estuve un poco imprudente,
Puede ser, yo lo confieso,
Pero el me precipitó,
Porque me cortó primero,
Y a más me cortó la cara,
Que es un asunto muy serio.
Me asiguró el mesmo amigo
Que ya no había ni el recuerdo
De aquel que en la pulpería
Lo dejé mostrando el sebo.
El de engreido, me buscó:

Yo ninguna culpa tengo;
El mismo vino a peliarme,
Y tal vez me hubiera muerto
Si le tengo más confianza
O soy un poco más lerdo.
Fue suya toda la culpa
Porque ocasionó el suceso.
Que ya no hablaban tampoco,
Me lo dijo muy de cierto,
De cuando con la partida
Llegué a tener el encuentro.
Esa vez me defendí
Como estaba en mi derecho,
Porque fueron a prenderme
De noche y en campo abierto:
Se me acercaron con armas,
Y, sin darme voz de preso,
Me amenazaron a gritos
De un modo que daba miedo,
Que iban a arreglar mis cuentas,
Tratándome de matrero:
Y no era el jefe el que hablaba
Sino un cualquiera de entre ellos,
Y ése, me parece a mí
No es modo de hacer arreglos,
Ni con el que es inocente,
Ni con el culpable menos.
Con semejantes noticias
Yo me puse muy contento
Y me presenté ande quiera
Como otros pueden hacerlo.
De mis hijos he encontrado
Sólo a dos hasta el momento,
Y de ese encuentro feliz
Le doy las gracias al Cielo.
A todos cuantos hablaba
Les preguntaba por ellos,
Mas no me da ninguno
Razón de su paradero.
Casualmente, el otro día
Llegó a mi conocimiento
De una carrera muy grande
Entre varios estancieros,
Y juí como uno de tantos,
Aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende,
En aquel gauchaje inmenso,
Muchos que ya conocían

La historia de Martín Fierro;
Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros.
Cuando me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,
Diciéndome quiénes eran
Aunque no me conocieron,
Porque venía muy aindiao
Y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos
De los llantos y los besos
Se deja pa las mujeres,
Como que entienden el juego.
Pero el hombre, que compriende
Que todos hacen lo mesmo,
En público canta y baila,
Abraza y llora en secreto.
Lo único que me han contado
Es que mi mujer a muerto;
Que en procuras de un muchacho
Se jue la infeliz al pueblo,
Donde infinitas miserias
Habrá sufrido, por cierto;
Que, por fin, a un hospital
Jué a parar medio muriendo,
Y en ese abismo de males
Falleció al muy poco tiempo.
Les juro que de esa pérdida
Jamás he de hallar consuelo,
Muchas lágrimas me cuesta
Dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes
Aunque alegrías no tengo;
Me parece que el muchacho
Ha templao y está dispuesto
Vamos a ver qué tal lo hace
Y a juzgar su desempeño.
Ustedes no lo conocen
Yo tengo confianza en ellos,
No porque lleven mi sangre
-Eso juera de lo menos-,
Sino porque dende chicos
Han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados;
Les gusta jugar con juego,
Vamos a verlos correr:
Son cojos... hijos de rengo.

Capítulo 12

EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO
LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece
Al árbol de donde sale,
Solía decirlo mi madre,
Y en su razón estoy fijo:
"Jamás puede hablar el hijo
Con la autoridad del padre".

Recordarán que quedamos
Sin tener donde abrigarnos,
Ni ramada ande ganarnos,
Ni rincón ande meternos,
Ni camisa que ponernos.
Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
Lo que es vivir sin amparo;
Yo con verdá les declaro,
Aunque es por demás sabido,
Dende chiquito he vivido
En el mayor desmparo.

No le mermam el rigor
Los mesmos que le socorren;
tal vez porque no se borren
Los decretos del destino,
De todas parten lo corren
Como ternero dañino.

Y vive como los bichos
Buscando alguna rendija;
El güerfano es sabandija
Que no encuentra compasión,
Y el que anda sin dirección
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
A algún oyente le cuadre.
Ni casa tenía, ni madre,
Ni parentela, ni hermanos;
Y todos limpian sus manos
En el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazazo

Lo abomba aquél de un moquete,
Otro le busca el cachete,
Y, entre tanto soportar,
Suele a veces no encontrar
Ni quien le arroje un zoquete

Si lo recogen, lo tratan
Con la mayor rigidez;
Piensan que es mucho tal vez,
Cuando ya muestra el pellejo,
Si le dan un trapo viejo
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo,
Desnudo a veces y hambriento;
Me ganaba mi sustento,
Y ansí los años pasaban;
Al ser hombre me esperaban
Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden
Lo que les voy a decir;
En la escuela del sufrir
He tomado mis leciones,
Y hecho muchas reflesiones
Dende que empece a vivir.

Si alguna falta cometo
La motiva mi inorancia;
No vengo con arrogancia
Y les diré, en conclusión,
Que trabajando de pión
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
Hacerle al pobre un calvario;
A un vecino propietario
Un boyero le mataron,
Y aunque a mí me lo achacaron
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
En la vergüenza y la pena
De que tendría el alma llena
Al verme, ya tan temprano,
Igual a los que sus manos
Con el crimen envenenan.

Declararon otros dos
Sobre el caso del dijunto,
Mas no se aclaró el asunto,
Y el Juez, por darlas de listo,
"Amarrados como un Cristo",
Nos dijo, "irán todos juntos".

"A la justicia ordinaria
Voy a mandar a los tres."
Tenia razón aquel Juez,
Y cuantos ansí amenacen;
Ordinaria... es como la hacen:
Lo he conocido después.

Nos remitió, como digo,
A esa Justicia Ordinaria,
Y juimos con la sumaria
A esa cárcel de malevos
Que, por un bautismo nuevo,
Le llaman Penicentiaria.

El porqué tiene ese nombre
Naides me lo dijo a mí,
Mas yo me lo esplico ansí:
Le diran Penitenciaria
Por la penitencia diaria,
Que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
Tiene que sufrir un poco;
Naides lo ampara tampoco
Si no cuenta con recursos.
El gringo es de más discurso:
Cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió
En aquella sepoltura;
Si de ajuera no lo apuran,
El asunto va con pausa;
Tienen la presa sigura
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a que lado
Se inclinará la balanza,
Pero es tanta la tardanza
Que yo les digo por mí:
El hombre que dentre allí
Deje ajuera la esperanza.

Sin perfecionar las leyes
Perfecionan el rigor;
Sospecho que el inventor
Habrá sido algún maldito:
Por grande que sea un delito,
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
El corazón mas altivo;
Los llaveros son pasivos,
Pero más secos y duros
Tal vez que los mesmos muros
En que uno gime cautivo.

No es en grillo ni en cadenas
En lo que usté penará,
Sino en una soledá
Y un silencio tan projundo,
Que parece que en el mundo
Es el único que está.

El más altivo varón
Y de cormillo gastao
Allí se verá agobiao
Y su corazón marchito,
Al encontrarse encerrao
A solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
Allí todos son corderos;
No puede el más altanero,
Al verse entre aquellas rejas,
Sino amujar las orejas
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
El rigor de aquellas penas,
Yo, que sufrí las cadenas
Del destino y su inclemencia:
Que aprovechen la esperencia
Del mal en cabeza ajena.

!Ay! madres, las que dirigen
Al hijo de sus entrañas,
No piensen que las engaña,
Ni que les habla un falsario
Lo que es el ser presidiario

No lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
Cuantas quieren a un varón,
Díganles que esa prisión
Es un infierno temido,
Donde no se oye más ruido
Que el latir del corazón.

Alla el día no tiene sol,
La noche no tiene estrellas;
Sin que le valgan querellas
Encerrao lo purifican,
Y sus lágrimas salpican
En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
De su pecho oye el latido;
Lo sé, porque lo he sufrido,
Y, creameló el aulitorio,
Tal vez en el purgatorio
Las almas hagan más ruido.

Cuentan esas horas eternas
Para más atormentarse;
Su lágrima al redamarse
Calcula, en sus afliciones,
Contando sus pulsaciones,
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo,
Allí se duebla el más juerte;
El silencio es de tal suerte
Que, cuando llegue a venir,
Hasta se le han de sentir
Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
Se hace una revolución:
Metido en esa prisión,
De tanto no mirar nada,
Le nace y queda grabada
La idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,
En todos pensaba yo;
Al hombre que alli dentró
De memoria más ingrata,

Fielmente se le retrata
Todo cuanto ajuera vió.

Aquel que ha vivido libre
De cruzar por donde quiera,
Se aflige y se desespera
De encontrarse allí cautivo:
Es un tormento muy vivo
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión,
Sin poderme conformar,
No cesaba de esclamar:
!Qué diera yo por tener
Un caballo en que montar
Y una pampa en que correr!

En un lamento constante
Se encuentra siempre embretao;
El castigo han inventao
De encerrarlo en las tinieblas,
Y alli esta como amarrao
A un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
Que al preso no lo atormente;
Baja un dolor permanente
Agacha al fin la cabeza,
Porque siempre es la tristeza
Hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos,
Pero su pena no alivia;
En esa constante lidia
Sin un momento de calma,
Contempla con los del alma
Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas;
El varón de mas agallas,
Aunque más duro que un perno,
Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.

De juror el corazón
Se le quiere reventar,
Pero no hay sino aguantar

Aunque sosiego no alcance.
!Dichoso, en tan duro trance,
Aquel que sabe rezar!

!Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración!
En esa tribulación
Gime olvidado del mundo,
Y el dolor es más projundo
Cuando no halla compasión.
En tan crueles pesadumbres,
En tan duro padecer,
Empezaba a encanecer
Después de muy pocos meses;
Alli lamenté mil veces
No haber aprendido a leer.

Viene primero el juror,
Después la melancolia;
En mi angustia no tenía
Otro alivio ni consuelo,
Sino regar aquel suelo
Con lágrimas noche y día.

!A visitar otros presos
Sus familias solían ir!
Naides me visitó a mí
Mientras estuve encerrado.
!Quien iba a costiarse allí
A ver a un desamparado!

!Bendito sea el carcelero
Que tiene buen corazón!
Yo sé que esta bendición
Pocos pueden alcanzarla,
Pues si tienen compasión
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
Espresar cuanto he sufrido;
En ese encierro metido,
Llaves, paredes, cerrojos
Se graban tanto en los ojos
Que uno los ve hasta dormido.

El mate no se permite;
No le permiten hablar;

No le permiten cantar
Para aliviar su dolor,
Y hasta el terrible rigor
De no dejarlo fumar.

La justicia es muy severa;
Suele rayar en crueldá:
Sufre el pobre que allí está
Calenturas y delirios,
Pues no esiste pior martirio
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
Por solo el gusto de hablar,
Pero nos mandan callar
Y es preciso conformarnos;
Pues no se debe irritar
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
Sufre en silencio sus males,
Y uno en condiciones tales,
Se convierte en animal,
Privao del don principal
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
Por que motivo será
Que el preso privado está
De los dones más preciosos
Que el justo Dios bondadoso
Otorgó a la humanidá.

Pues que de todos los bienes,
En mi inorancia lo infiero,
Que le dió al hombre altanero
Su Divina Majestá,
La palabra es el primero,
El segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley
Que, por un crimen o un vicio,
Somete al hombre a un suplicio
El más tremendo y atroz,
Privado de un beneficio
Que ha recebido de Dios

La soledá causa espanto;

El silencio causa horror;
Ese continuo terror
Es el tormento más duro,
Y en un presidio siguro
Está demás tal rigor.

Inora uno si de allí
Saldrá pa la sepoltura;
El que se halla en desventura
Busca a su lao otro ser,
Pues siempre es güeno tener
Companeros de amargura.

Otro más sabio podrá
Encontrar razón mejor;
Yo no soy rebuscador,
Y ésta me sirve de luz:
Se los dieron al Señor
Al clavarlo en una cruz.

Y en las projundas tinieblas
En que mi razón esiste,
Mi corazón se resiste
A ese tormento sin nombre,
Pues el honbre alegra al hombre
Y el hablar consuela al triste.

Grábenlo como en la piedra
Cuanto he dicho en este canto,
Y, aunque yo he sufrido tanto,
Debo confesarlo aquí:
El hombre que manda allí
Es poco menos que un santo.

Y son güenos los demás
(A su ejemplo se manejan),
Pero por eso no dejan
Las cosas de ser tremendas;
Piensen todos y compriendan
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
Con toda puntualidá
Lo que con tal claridá
Les acabo de decir:
Mucho tendran que sufrir
Si no creen en mi verdá

Y si atienden mis palabras
No habrá calabozos llenos;
Manejense como güenos;
No olviden esto jamás;
Aqui no hay razón de más;
Mas bien las puse de menos.

Y con esto me despido
(Todos han de perdonar):
Ninguna debe olvidar
La historia de un desgraciado.
Quien ha vivido encerrado
Poco tiene que contar.

Capítulo 13

EL HIJO SEGUNDO DE MARTIN FIERRO

Lo que les voy adecir
Ninguno lo ponga en duda:
Y aunque la cosa es peluda,
Hare la resolución;
Es ladino el corazón,
Pero la lengua no ayuda.

El rigor de las desdichas
Hemos soportado diez años,
Pelegrinando entre estraños,
Sin tener donde vivir,
Y obligados a sufrir
Una máquina de daños.

El que vive de ese modo
De todos es tributario;
Falta la cabeza primario
Y los hijos que él sustenta
Se dispersan como cuentas
Cuando se corta el rasario.

Yo anduve ansí como todos,
Hasta que al fin de sus días
Supo mi suerte una tía
Y me recogió a su lado;
Allí viví sosegado
Y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno

Ni que trabajar tampoco,
Y como muchacho loco
Lo pasaba de holgazán;
Con razón dice el refrán
Que lo güeno dura poco.

En mí todo su cuidado
Y su cariño ponía;
Como a un hijo me quería
Con cariño verdadero,
Y me nombró de heredero
De los bienes que tenía.

El juez vino sin tardanza
Cuanto falleció la vieja.
"De los bienes que te deja",
Me dijo, "yo he de cuidar:
Es un rodeo regular
Y dos majadas de ovejas".

Era hombre de mucha labia,
Con mas leyes que un dotor,
Me dijo: "Vos sos menor,
Y por los años que tienes
No podés manejar bienes;
Voy a nombrarte un tutor."
Tomó un recuento de todo,
Porque entendía su papel,
Y después que aquel pastel
Lo tuvo bien amasao,
Puso al frente un encargao,
Y a mí me llevó con el.

Muy pronto estuvo mi poncho
Lo mismo que cernidor;
El chiripá estaba pior,
Y aunque para el frio soy guapo
Ya no me quedaba un trapo
Ni pa el frío, ni pa el calor.

En tan triste desabrigo
Tras de un mes, iba otro mes;
Guardaba silencio el Juez,
La miseria me invadía,
Me acordaba de mi tía
Al verme en tal desnudez.

No se decir con fijeza

El tiempo que pasé allí;
Y despues de andar ansí
Como moro sin señor,
Pasé a poder del tutor
Que debia cuidar de mí.

Capítulo 14

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha,
Dejaba ver por la facha
Que era medio cimarrón,
Muy renegao, muy ladrón,
Y le llamaban Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando
Sospecho, y no me equivoco;
Pero este punto no toco
Ni su secreto aviriguo;
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos;

Viejo lleno de camándulas,
Con un empaque a lo toro,
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos,
Con las patas como loro
De estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros
Que eran todo su placer,
Jamas dejó de tener
Menos de media docena,
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
Alguna res en el pago,
Y dejando alli el rezago
Alzaba en ancas el cuero,
Que se lo vendía a un pulpero
Por yerba, tabaco y trago.

!Ah!, viejo más comerciante
En mi vida lo he encontrado.
Con ese cuero robao
El arreglaba el pastel,

Y allí entre el pulpero y él,
Se estendía el certificao.

La echaba de comedido;
En las transquilas, lo viera,
Se ponía como una fiera
Si cortaban una oveja;
Pero de alzarse no deja
Un vellón o unas tijeras.

Una vez me dió una soba
Que me hizo pedir socorro,
Porque lastimé a un cachorro
En el rancho de unas vascas;
Y al irse se alzó unas guascas:
Para eso era como zorro,

"!Ahijuna!", dije entre mí,
"Me has dao esta pesadumbre;
Ya verás; cuanto vislumbre
Una ocasión medio güena,
Te he quitar la costumbre
De cerdiar yeguas ajenas."

Porque maté una vizcacha
Otra vez me reprendió;
Se lo vine a contar yo,
Y no bien se lo hube dicho:
"Ni me nuembres ese bicho",
Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar.
"Este me va a castigar",
Dije entre mí, "si se agravia."
Ya vi que les tenía rabia,
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio bichocas;
Despues que voltió unas pocas,
Las cerdiaba con empeño:
Yo vide venir al dueño,
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
Y nos cayó como un rayo;
Se descolgó del caballo

Revoliando el arriador,
Y lo cruzó de un lazazo
Ahi no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar,
Y, de miedo del chicote,
Se lo apretó hasta el cogote,
Sin pararse a contestar.

Ustedes creerán tal vez
Que el viejo se curaría...
No, señores, lo que hacía,
Con mas cuidao dende entonces,
Era maniarlas de día
Para cerdiar a la noche.

Ese jué el hombre que estuvo
Encargao de mi destino;
Siempre anduvo en mal camino,
Y todo aquel vecindario
Decía que era un perdulario,
Insufrible de dañino.

Cuando el juez me lo nombró,
Al dármelo de tutor,
Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar,
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

!Pero que había de aprender
Al lao de ese viejo paco;
Que vivía como un chuncaco
En los bañaos, como el tero;
Un haragán, un ratero,
Y más chillón que un varraco.

Tampoco tenía más bienes
Ni propiedad conocida
Que una carreta podrida,
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho
Que le servía de guarida.

Después de las trasnochadas
Allí venía a descansar;

Yo desiaba aviriguar
Lo que tuviera escondido,
Pero nunca había podido,
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas,
Que habian sido mas peludas;
Y con mis carnes desnudas,
El viejo, que era una fiera,
Me hechaba a dormir ajuera
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo jué casao,
Aunque yo lo desconfío,
Y decía un amigo mío
Que, de arrebatao y malo,
Mató a su mujer de un palo
Porque le dió un mate frío.

Y viudo por tal motivo
Nunca se volvió a casar;
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera:
Todas temerían llevar
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,
Sin duda por su delito,
Y decía el viejo maldito,
El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella dende el mesmo infierno
Lo estaba llamando a gritos.

Capítulo 15

Siempre andaba retobao:
Con ninguno solía hablar;
Se divertía en escarbar
Y hacer marcas con el dedo,
Y en cuanto se ponía en pedo
Me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco,
Despues de echar un güen taco,
Ansí principiaba a hablar:
"Jamás llegues a parar

Ande veas perros flacos."

"El primer cuidao del hombre
Es defender el pellejo.
Lleváte de mi consejo,
Fijáte bien en lo que hablo:
El diablo sabe por diablo,
Pero más sabe por viejo."

"Hacéte amigo del juez;
No le des de que quejarse;
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse."

Nunca le llevés la contra,
Porque él manda la gavilla:
Allí sentao en su silla,
Ningún güey le sale bravo;
A uno le da con el clavo
Y a otro con la cantramilla."

"El hombre, hasta el más soberbio,
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca:
Hasta la hacienda baguala
Cai al jagüel con la seca."

"No andés cambiando de cueva;
Hacé las que hace el ratón.
Conserváte en el rincón
En que empezó tu esistencia:
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición."

Y menudiando los tragos
Aquel viejo, como cerro,
No "olvidés", me decía,"Fierro,
Que el hombre no debe crer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro."

"No te debes afligir
Aunque el mundo se desplome.
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,

Es la memoria del burro,
Que nunca olvida ande come.

"Deja que caliente el horno
El dueño del amasijo;
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo:
El cerdo vive tan gordo,
Y se come hasta los hijos."

"El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea;
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche."

"El que gana su comida
Güeno es que en silencio coma;
Ansina, vos, ni por broma
Querás llamar la atención:
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma."

"Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrío;
Lleváte el ejemplo mío,
Y llenarás la barriga:
Aprendé de las hormigas:
No van a un noque vacío."

"A naides tengás envidia:
Es muy triste el envidiar;
Cuando veás a otro ganar,
A estorbarlo no te metas:
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar."

"Ansí se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan;
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita, no niego;
Pero otros, como el borrego,
Todo entera se la tragan."

"Si buscás vivir tranquilo
Dedicate a solteriar
Más si te querés casar,

Con esta alvertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean."

"Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo,
Siempre quiere al hombre guapo;
Mas fijate en la eleción,
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo."

Y gangoso con la tranca,
Me solia decir: "Potrillo,
Recién te apunta el cormillo,
Mas te lo dice un toruno:
No dejés que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo."

"Las armas son necesarias,
Pero naides sabe cuándo;
Ansina, si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir, salga cortando."

"Los que no saben guardar
Son pobres aunque trabajen;
Nunca, por más que se atajen,
Se librarán del cimbrón:
Al que nace barrigón
Es al ñudo que lo fajen."

"Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro;
Cuando una tristeza encuentro
Tomo un trago pa alegrarme:
A mí me gusta mojarme
Por ajuera y por adentro."

"Vos sos pollo, y te convienen
Toditas estas razones;
Mis consejos y leciones
No echés nunca en el olvido:
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones."

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,

Y que aquí no desentierro,
Educándome seguía,
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

Capítulo 16

Cuando el viejo cayó enfermo,
Viendo yo que se empioraba
Y que esperanza no daba
De mejorarse siquiera,
Le truje una culandrera
A ver si lo mejoraba.

Aun cuanto lo vió, me dijo:
"Este no aguanta el sogazo:
Muy poco le doy de plazo;
Nos van ha dar un epetáculo,
Porque debajo del brazo
Le ha salido un tabernáculo."

Dice el refrán que en la tropa
Nunca falta un güey corneta:
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito ahi no más:
"Tabernáculo,... !que bruto!
Un tubérculo dirás."

Al verse ansí interrumpido,
Al punto dijo el cantor:
"No me parece ocasión
De meterse los de ajuera;
Tabernáculo, senor,
Le decía la culandrera."

El de ajuera repitió,
Dándole otro chaguarazo:
"Allá va un nuevo bolazo
Copo y se la gano en puerta
A las mujeres que curan
Se las llama curanderas."

No es güeno -dijo el cantor-
Muchas manos en un plato
Y diré al que ese barato
Ha tomao de entrometido,
Que no creia haber venido

A hablar entre literatos.

Y para seguir contando
La historia de mi tutor,
Le pediré a ese dotor
Que en mi inorancia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
Cada vez más emperrao;
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba dende lejos;
Era la boca del viejo
La boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno:
El maldecía al Padre Eterno
Como a los Santos benditos,
Pidiendolé al diablo a gritos
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica;
Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogado,
Como si a un endemoniado
Le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
Pues era de mala entraña;
Y viendo herejía tamaña,
Si alguna cosa le daba,
De lejos se la alcanzaba
En la punta de una caña.

"Será mejor", decía yo,
"Que abandonado lo deje,
Que blasfeme y que se queje,
Y que siga de esta suerte,
Hasta que venga la muerte
Y cargue con este hereje."

Cuando ya no pudo hablar
Le até en la mano un cencerro,
Y al ver cercano su entierro,
Arañando las paredes,

espiró allí entre los perros
Y este servidor de ustedes.

Capítulo 17

Le cobré un miedo terrible
Después que lo vi dijunto;
Llamé al alcalde, y al punto
Acompañado se vino
De tres o cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

"Anima bendita", dijo
Un viejo medio ladiao
"Que Dios lo haiga perdonao,
Es todo cuanto deseo,
Le conocí un pastoreo
De terneritos robaos."

"Ansina es", dijo el Alcalde;
"Con eso empezó a poblar;
Yo nunca podré olvidar
Las travesuras que hizo;
Hasta que al fin fué preciso
Que le privasen carniar.

"De mozo fue muy jinete:
No lo bajaba un bagual;
Pa ensillar un animal
Sin necesitar de otro,
Se encerraba en el corral,
Y alli golpiaba el potro."

"Se llevaba mal con todos:
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas,
Pues al hacer el aparte
Sacaba la mejor parte,
Y despues venía con quejas."

"Dios lo ampare al pobrecito",
Dijo en seguida un tercero.
"Siempre robaba carneros;
En eso tenía destreza:
Enterraba las cabezas
Y despues vendía los cueros

"!Y qué costumbre tenía

Cuando en el jogón estaba!
Con el mate se agarraba
estando los piones juntos.
-Yo tallo -decía-y apunto-
Y a ninguno convidaba."

"Si ensartaba algún asao
-!Pobre! !como si lo viese!-,
Poco antes de que estuviese
primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naides comiese."

"Quien le quitó esa costumbre
De escupir el asador
Fue un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo:
Un diablo muy peliador
Que le llamaban barullo."

"Una noche que les hizo
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao
Y le gritó: -!viejo indino,
Yo te he de enseñar, cochino,
A echar saliva al asao!-"

"Lo saltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano;
!La pucha el pardo liviano!
En la mesma atropellada
Le largó una puñalada
que la quitó otro paisano.:

"Y ya caliente barullo,
Quiso seguir la chacota;
Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta:
el viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota."

"De esa costumbre maldita
dende entonces se curó;
A las casas no volvió:
Se metió en un cicutal
Y alli escondido pasó
Esa noche sin cenar."

Esto hablaban los presentes,
Y yo, que estaba a su lao
Al oir lo que he relatao,
Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí: "!Que rosario
Le estan lanzando al finao!."

Luego comenzó el Alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil chucherias
Y guascas y trapos viejos,
Temeridá de trebejos
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
Coyundas y maniadores,
Una punta de arriadores,
Cinchones, maneas, torzales
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.

Habia riendas de domar
frenos, estribos quebraos;
Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manojo de argollas
De cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros,
Alesnas, lonjas, cuchillos,
Unos cuantos cojinillos
Un alto de jergas viejas,
Muchas botas desparejas
Y una infinidá de anillos.

Había tarros de sardinas,
Unos cueros de venao,
Unos ponchos aujeriaos,
Y en tan tremendo entrevero
Apareció hasta un tintero
que se perdió en el Juzgao.

Decía el alcalde muy serio:
"es poco cunato se diga;
Había sido como hormiga.
He de darle parte al Juez.
!Y que me venga después
Con que no se los persiga!"

Yo estaba medio azorao
De ver lo que sucedía;
Entre ellos mesmos decían
Que unas prendas eran suyas,
Pero a mi me parecía
que estas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
Rincón donde registrar,
Cansaos de tanto huroniar
Y de trabajar en balde,
"Vámosnos", dijo el Alcalde,
"Luego lo haré sepultar."

Y aunque mi padre no era
El dueño de ese hormiguero,
El, allí muy cariñero,
Me dijo con muy buen modo:
"Vos serás heredero
Y te harás cargo de todo."

"Se ha de arreglar este asunto
Como es preciso que sea;
Voy a nombrar albacea
Uno de los circustantes;
Las cosas no son como antes
Tan enredadas y feas."

"!Bendito Dios!', pensé yo,
"Ando como un pordiosero,
Y me nuembran heredero
De toditas estas guascas.
!Quisiera saber primero
Lo que se han hecho mis vacas!"

Capítulo 18

Se largaron, como he dicho,
A disponer el entierro;
Cuando me acuerdo me aterro:
Me puse a llorar a gritos
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
Se lo colgué al pecador,

Y como hay en el señor
Misericordia infinita,
Rogué por la alma bendita
Del que antes jué mi tutor.

No se calmaba mi duelo
De verme tan solitario;
Ahí le champurrié un rosario
Como si juera mi padre,
besando el escapulario
Que me había puesto mi madre.

"Madre mía", gritaba yo,
"Donde estarás padeciendo?
El llanto que estoy virtiendo
Lo redamarías por mí,
Si vieras a tu hijo aquí
Todo lo que esta sufriendo."

Y mientras ansí clamaba
Sin poderme consolar,
Los perros, para aumentar
Mas mi miedo y mi tormento,
En aquel mesmo momento
Se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes
De que sufran otro tanto;
Con el muerto y esos llantos
Les juro que faltó poco
Para que me vuelva loco
En medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas,
Como que eran sabedoras,
Que los perros cuando lloran
Es porque ven al demonio;
Yo creia en el testimonio
Como cré siempre el que inora.

Ahi dejé que los ratones
Comieran el guasquerío
Y como anda a su albedrío
Todo el que güerfano queda,
Alzando lo que era mío
Abandoné aquella cueva.

Supe después que esa tarde

Vino un pión y lo enterró;
Ninguno lo acompañó
Ni lo velaron siquiera;
Y al otro día amaneció
Con una mano dejuera.

Y me ha contao además
El gaucho que hizo el entierro
-Al recordarlo me aterro,
Me da pavor este asunto-
Que la mano del dijunto
Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
Porque de asustao me fuí;
Supe, despues que volví,
Y asigurárselos puedo,
Que los vecinos, de miedo,
No pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
La sabandija mas sucia
-El cuerpo se despeluza
Y hasta la razón se altera-;
Pasaba la noche entera
Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
Saber lo que me pasaba;
Los trapitos con que andaba
Eran puras hojarascas;
Todas las noches soñaba
Con viejos, perros y guascas.

Capítulo 19

Anduve a mi voluntá,
Como moro sin señor;
Ese jué el tiempo mejor
Que yo he pasado tal vez;
De miedo de otro tutor,
Ni aporté por lo del Juez.

"Yo cuidaré", me había dicho,
"De lo de tu propiedá:
Todo se conservará,
El vacuno y los rebaños,

Hasta que cumplas 30 años,
En que seás mayor de edá."

Y aguardando que llegase
El tiempo que la ley fija,
Pobre como lagartija
Y sin respetar a naides,
Anduve cruzando el aire
Como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
Bajo el más duro rigor;
Sufriendo tanto dolor
Muchas cosas aprendí;
Y, por fin, vítima fuí
Del mas desdichado amor.

De tantas alternativas
Esta es la parte peluda
Infeliz y sin ayuda,
Fué estremado mi delirio,
Y causaban mi martirio
Los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitudes
Sin tener un jundamento;
Acusa sin miramiento
A la que el mal le ocasiona,
Y tal vez en su persona
No hay ningún merecimiento.

Cuando yo mas padecía
La crueldá de mi destino,
Rogando al poder divino
Que del dolor me separe,
Me hablaron de un adivino
Que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos,
Pero al fin me disolví:
Hice coraje y me fuí
Donde el adivino estaba,
Y por ver si me curaba,
Cuanto llevaba le di.

Me puse, al contar mis penas,
Mas colorao que un tomate,
Y se me añudó el gaznate

Cuando dijo el hermitaño:
"Hermano, le han hecho daño
Y se lo han hecho en un mate.

"Por verse libre de usté
Lo habrán querido embrujar."
Despues me empezó a pasar
Una pluma de avestruz,
Y me dijo:"De la Cruz
Recebí el don de curar.

"Debés maldecir", me dijo,
"A todos tus conocidos;
Ansina el que te ha ofendido
Pronto estará decubierto,
Y deben ser maldecidos
Tanto vivos como muertos."

Y me recetó un hincao
En un trapo de la viuda,
Frente a una planta de ruda,
Hiciera mis horaciones,
Diciendo: "No tengás duda;
Eso cura las pasiones."

A la viuda, en cuanto pude,
Un trapo le manotié;
Busqué la ruda y al pie,
Puesto en cruz, hice mi rezo;
Pero, amigos, ni por eso
De mis males me curé.

Me recetó otra ocasión
Que comiera abrojo chico;
El remedio no me esplico,
Mas, por desechar el mal,
Al ñudo en un abrojal
Fí a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina
Me parecía que sanaba;
Por momentos se aliviaba
Un poco mi padecer,
Mas si a la viuda encontraba,
Volvia la pasión a arder.

Otra vez que consulté
Su saber estrordinario,

Recibió bien su salario,
Y me recetó aquel pillo
Que me colgase tres grillos
Ensartaos como rosario.

Por fin la última ocasión
Que por mi mal lo fí a ver,
Me dijo: "No, mi saber
No ha perdido su virtú;
Yo te daré la salú:
No triunfará esa mujer.

"Y tené fe en el remedio,
Pues la cencia no es chacota;
De esto no entendés ni jota.
Sin que ninguno sospeche,
Cortále a un negro tes motas
Y hacélas hervir en leche."

Yo andaba ya desconfiando
De la curación maldita,
Y dije: "Este no me quita
La pasión que me domina;
Pues que viva la gallina,
Aunque sea con la pepita."

Ansí me dejaba andar,
Hasta que, en una ocasión,
El cura me echó un sermón,
Para curarme sin duda,
Diciendo que aquella viuda
Era hija de confisión.

Y me dijo estas palabras
Que nunca las he olvidao:
"Has de saber que el finao
Ordenó en su testamento
Que naides de casamiento
Le hablara en lo sucesivo;
Y ella prestó el juramento
Mientras él estaba vivo."

"Y es preciso que lo cumpla,
Porque ansí lo manda Dios;
Es necesario que vos
No la vuelvas a buscar,
Porque si llega a faltar
Se condenarán los dos."

Con semejante alvertencia
Se completó mi redota;
Le vi los pies a la sota,
Y me le alejé a la viuda,
Mas curao que con la ruda,
Con los grillos y las motas.

Despues me contó un amigo
Que al Juez le había dicho el cura
Que yo era un cabeza dura
Y que era un mozo perdido;
Que me echaran del partido,
Que no tenía compostura.

Tal vez por ese consejo
Y sin que mas causa hubiera,
Ni que otro motivo diera,
Me agarraron redepente
Y en el primer contingente
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
Me he curao el deseo;
En mil penurias me veo,
Mas pienso volver tal vez
A ver si sabe aquel Juez
Lo que se ha hecho de mi rodeo.

Capítulo 20

Martín Fierro y sus dos hijos,
Entre tanta concurrencia,
Siguieron con alegría
Celebrando aquella fiesta.
Diez años, los más terribles,
Había durado la ausencia,
Y al hallarse nuevamente
Era su alegría completa.
En ese mesmo momento
Uno que vino de ajuera,
A tomar parte con ellos
Suplicó aue lo almitieran.
Era un mozo forastero
De muy regular presencia,
Y hacía poco que en le pago
Andaba dando sus güeltas.

Asiguran algunos
Que venía de la frontera;
Que había pelao a un pulpero
En las últimas carreras;
Pero andaba despilcho,
No traia una prenda güena:
Un recadito cantor
Daba fe de sus pobrezas.
Le pidió la bendición
Al que causaba la fiesta
Y, sin decirles su nombre,
Les declaró con franqueza
Que el nombre de Picardía
Es el único que lleva.
Y para contar su historia
A todos pide licencia,
Diciéndoles que en seguida
Iban a saber quien era.
Tomo al punto la guitarra,
La gente se puso atenta,
Y ansí cantó Picardía
En cuanto templó las cuerdas.

Capítulo 21

PICARDIA

-Voy a contarles mi historia
(Perdónenme tanta charla),
y les diré al principiarla,
Aunque es triste hacerlo ansí:
A mi madre la perdí
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
Y al hombre que me dió el ser
No lo pude conocer;
Ansí, pues, dende chiquito,
Volé como el pajarito
En busca de qué comer.

Que tanta gente destierra,
O por causa de la guerra,
Que es causa bastante seria,
Los hijos de la miseria
Son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujado,
No sé las cosas que haría,
Y aunque con verguenza mía,
Debo hacer esta alvertencia:
Siendo mi madre Inocencia,
Me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre
Para cuidar las ovejas,
Pero todo el día eran quejas
Y guascazos a lo loco,
Y no me daba tampoco
Siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,
En el campo me tenía;
Cordero que se moría
-Mil veces me sucedió-
Los caranchos lo comían,
Pero lo pagaba yo.

De trato tan rigoroso
Muy pronto me acobardé;
El bonete me apreté
Buscando los mejores fines,
Y con unos volantines
Me fuí para Santa Fe.

El pruebista principal
A enseñarme me tomó,
Y ya iba aprendiendo yo
A bailar en la maroma,
Mas me hicieron una broma
Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,
Porque estaba el calzón roto,
Armaron tanto alboroto
Que me hicieron perder pie;
De la cuerda me largué
Y casi me descogotó.

Ansí me encontre de nuevo
Sin saber dónde meterme,
Y ya pensaba volverme
Cuando, por fortuna mía,
Me salieron unas tías
Que quisieron recogerme

Con aquella parentela,
Para mí desconocida,
Me acomodé ya en seguida,
Y eran muy buenas señoras;
Pero las más rezadoras
Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
Ya principiaba el rosario;
Noche a noche un calendario
Tenían ellas que decir,
Y a rezar solían venir
Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
Siempre lo he de recordar,
Pues me empiezo a equivocar
Y a cada paso refalo,
Como si me entrara el Malo
Cuanto me hincaba a rezar

Era como tentación
Lo que yo esperimenté,
Y jamas olvidaré
Cuanto tuve que sufrir,
Porque no podia decir
"Artículos de la Fe".

Tenía al lao una mulata
Que era nativa de allí;
Se hincaba cerca de mí
Como el ángel de la guarda;
!Pícara!, y era la parda
La que me tentaba ansí.

"Rezá", me dijo mi tía,
"Artículos de la Fe".
Quise hablar y me atoré;
La dificultá me aflige;
Miré a la parda, y ya dije:
"Artículos de Santa Fe".

Me acomodó el coscorrón
Que estaba viendo venir,
Yo me quise corregir,
A la mulata miré
Y otra vez volví a decir:

"Artículos de Santa Fe".

Sin dificultá ninguna
Rezaba todito el día,
Y a la noche no podía
Ni con un trabajo inmenso;
Es por eso que yo pienso
Que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta
Vi a la parda y me entró chucho;
Los ojos -me asusté mucho-
Eran como refocilo:
Al nombrar a San Camilo,
Le dije San Camilucho.

Esta me da con el pie,
Aquella otra con el codo:
!Ah, viejas, por ese modo,
Aunque de corazón tierno,
Yo las mandaba al infierno
Con oraciones y todo!

Otra vez, que como siempre
La parda me perseguía,
Cuando yo acordé, mis tías
Me habían sacao un mechón
Al pedir la estirpación
De todas las herejías.

Aquella parda maldita
Me tenía medio afligido,
Y ansí; me había sucedido
Que, al decir "estirpación",
Le acomodé "entripación"
Y me cayeron sin ruido

El recuerdo y el dolor
Me duraron muchos días;
Soñe con las herejías
Que andaban por estirpar
Y pedía siempre al rezar
La estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
Noche a noche sin cesar;
Dale siempre barajar
Salves, trisagios y credos;

Me aburrí de esos enriedos
Y al fin me mandé mudar.

Capítulo 22

Anduve como pelota,
Y más pobre que una rata:
Cuando empecé a ganar plata
Se armó no sé que barullo:
Yo dije: A tu tierra, grullo,
Aunque sea con una pata

Eran duros y bastantes
Los años que allá pasaron;
Con lo que ellos me enseñaron
Formaba mi capital;
Cuanto vine, me enrolaron
En la Guardia Nacional.

Me habia ejercitao al naipe,
El juego era mi carrera;
Hice alianza verdadera
Y arreglé una trapisonda
Con el dueño de una fonda
Que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
En floriar una baraja;
El la guardaba en la caja
En paquetes, como nueva;
Y la media arroba lleva
Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
Quien de la suerte presuma;
Otro mas hábil lo fuma,
En un dos por tres lo pela,
Y lo larga que no vuela,
Porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
Se arman partidas muy güenas;
Queda allí la plata ajena,
Quedan prendas y botones:
Siempre cain a esas riuniones
Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
Recursos del jugador;
No cualquiera es sabedor
A lo que un naipe se presta:
Con una cincha bien puesta
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca,
Haciendo el que se descuida;
Juega el otro hasta la vida
Y es siguro que se ensarta,
Porque uno muestra una carta
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
No han de olvidarse jamás;
Debe afirmarse además
Los dedos para el trabajo,
Y buscar asiento bajo
Que le dé la luz de atrás.

Pa tallar, tome la luz;
Dé la sombra al alversario;
Acomódese al contrario
En todo juego cartiao:
Tener ojo ejercitao
Es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,
Pero nada ve el que es ciego:
Dandole soga, muy luego
Se deja pescar el tonto;
Todo chapetón cre pronto
Que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes
Y que a las carpetas van;
Cuando azariados están
-Les pasa infinitas veces-
Pierden en puertas y en treses,
Y dándoles mamarán.

El que no sabe no gana
Aunque ruegue a Santa Rita;
En la carpeta a un mulita
Se le conoce al sentarse,
Y conmigo era matarse:
No podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
Llevo ventaja y no poca,
Y siempre que dar me toca
El mal no tiene remedio,
Porque sé sacar del medio
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
Solía ponerlo en apuro;
Cuando aventajar procuro,
Sé tener, como fajadas,
Tiro a tiro el as de espadas,
O flor, o envite siguro.

Yo sé defender mi plata
Y lo hago como el primero:
El que ha de jugar dinero
Preciso es que no se atonte;
Si se armaba una de monte,
Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
Se llevarlo con limpieza;
Dende quc a salir empiezan
No hay carta que no recuerde;
Sé cuál se gana o se pierde
En cuanto cain en la mesa.

También por estas jugadas
Suele uno verse en aprietos;
Mas yo no me comprometo
Porque sé hacerlo con arte,
Y aunque les corra el descarte
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao,
Nunca me solía faltar
Un cargado que largar,
Un cruzao para el mas vivo,
Y hasta atracarles un chivo
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba,
Porque la sé manejar;
No era manco en el billar,
Y por fin de lo que esplico,
Digo que hasta con pichicos

Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin
El de jugar, no lo niego;
Todo el que vive del juego
Anda a la pesca de un bobo,
Y es sabido que es un robo
Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
Porque he dejao de jugar;
Y le puedo asigurar,
Como que fuí del oficio:
Más cuesta aprender un vicio
Que aprender a trabajar.

Capítulo 23

Un nápoles mercachifle
Que andaba con un arpista,
Cayó también en la lista
Sin dificultá ninguna:
Lo agarré a la treinta y una
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
Por sacarme esa ventaja;
En el pantano se encaja,
Aunque robo se le hacía;
Lo cegó Santa Lucía
Y desocupó las cajas.

!Lo hubieran visto afligido
Llorar por las chucherías!
"Me gañao con picardía",
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un poncho alzaba
Todita su mercheria.

Quedó allí aliviao del peso
Sollozando sin consuelo;
Había caido en el anzuelo,
Tal vez porque era domingo,
Y esa calidá de gringo
No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
De fatura tan lucida;
El diablo no se descuida,
Y a mí me seguía la pista
Un ñato muy enredista
Que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir
La multa en que había incurrido,
Que el juego estaba prohibido,
Qus iba a llevarme al cuartel
Tuve que partir con él
Todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
Por esa albitrariedá;
Yo había ganao, es verdá,
Con recursos, eso sí;
Pero el me ganaba a mí
Fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
Mucho tiempo anduvo mal;
Un amigo servicial
Lo compuso con el Juez,
Y poco tiempo después
Lo pusieron de Oficial.

En recorrer el partido
Continuamente se empleaba;
Ningún malevo agarraba,
Pero traia en un carguero
Gallinas, pavos, corderos
Que por ahi recoletaba.

No se debía permitir
El abuso a tal estremo.
Mes a mes hacía lo mesmo,
Y ansí decía el vecindario:
"Este ñato perdulario
Ha resucitao el diezmo."

La echaba de guitarrero
Y hasta de concertador:
Sentao en el mostrador
Lo hallé una noche cantando
Y le dije: "Co...mo...quiando
Con ganas de oir un cantor."

Me echó el ñato una mirada
Que me quiso devorar,
Mas no dejó de cantar
Y se hizo el desentendido;
Pero ya había conocido
Que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba
De visita... vino el ñato,
Y para darle un mal rato
Dije juerte: "Ña...to...ribia,
No cebe con la agua tibia",
Y me la entendió el mulato.

Era todo en el Juzgao,
Y como que se achocó,
Ahi no más me contestó:
"Cuanto el caso se presiente
Te he de hacer tomar caliente,
Y has de saber quién soy yo."

Por causa de una mujer
Se enredó más la cuestión;
Le tenía el ñato afición;
Ella era mujer de ley,
Moza con cuerpo de güey,
Muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo;
Estaba hecha un embeleso,
Y le dije: "Me intereso
En aliviar sus quehaceres,
Y ansí, señora, si quiere
Yo le arrimaré los gutilde;esos."

Estaba el ñato presente
Sentado como de adorno;
Por evitar un trastorno
Ella, al ver que se dijusta,
Me contestó: "Si usté gusta,
Arrímelos junto al horno."

Ahi se enredó la madeja
Y su enemistá conmigo;
Se declaró mi enemigo,
Y, por aquel cumplimiento,
Ya sólo buscó el momento

De hacerme dar un castigo.

Yo vía que aquel maldito
Me miraba con rencor,
Buscando el caso mejor
De poderme echar el pial;
Y no vive más el lial
Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
Ni arisco que no se amanse;
Ansí, yo, dende aquel lance,
No salía de algún rincón,
Tirao como el San Ramón
Después que se pasa el trance.

Capítulo 24

Me le escapé con trabajo
En diversas ocasiones;
Era de los adulones;
Me puso mal con el Juez;
Hasta que al fin una vez
Me agarró en las eleciones.

Ricuerdo que esa ocasión
Andaban listas diversas;
Las opiniones dispersas
No se podían arreglar:
Decían que el Juez, por triunfar,
Hacía cosas muy perversas.

Cuando si riunió la gente
Vino a proclamarla el ñato,
Diciendo con aparato
"Que todo andaría mal,
Si pretendía cada cual
Votar por un candilato."

Y quiso al punto quitarme
La lista que yo llevé,
Mas yo se la mesquiné,
Y ya me gritó: "!Anarquista!
Has de votar por la lista
Que ha mandao el Comiqué."

Me dió verguenza de verme

Tratado de esa manera;
Y como si uno se altera
Ya no es fácil que se ablande,
Le dije: "Mande el que mande,
Yo he de votar por quien quiera.

"En las carpetas de juego
Y en la mesa eletoral,
A todo hombre soy igual,
Respeto al que me respeta,
Pero el naipe y la boleta
Naides me lo ha de tocar."

Ahi no más ya me cayó
A sable la polecía;
Aunque era una picardía
Me decidí a soportar,
Y no los quise peliar
Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
Y se aprovechó aquel ñato;
Dende que sufrí ese trato
No dentro donde no quepo;
Fi a jinetiar en el cepo
Por cuestión de candilatos

Injusticia tan notoria
No la soporté de flojo;
Una venda de mis ojos
Vino el suceso a voltiar:
Vi que teníamos que andar
Como perro con tramojo.

Dende equellas eleciones
Se siguió el batiburrillo;
Aquél se volvió un ovillo
Del que no había ni noticia,
!Es señora la justicia..
Y anda en ancas del mas pillo!

Capítulo 25

Después de muy pocos dias,
Tal vez por no dar espera
Y que alguno no se juera,
Hicieron citar la gente,

Pa riunir un contingente
Y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchaje:
La gente está acobardada;
Salió la partida armada
Y trujo como perdices
Unos cuantos infelices
Que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
!Esta es una gente indina;
Yo los rodié a la sordina:
No pudieron escapar;
Y llevaba orden de arriar
Todito lo que camina."

Cuando vino el Comendante
Dijeron: "!Dios nos asista!"
Llegó les clavó la vista
(Yo estaba haciendome el zonzo);
Le echó a cada uno un responso
Y ya lo plantó en la lista.

"!Cuadráte!", le dijo a un negro.
"Te estás haciendo el chiquito,
Cuando sos el más maldito
Que se encuentra en todo el pago.
Un servicio es el que te hago,
Y por eso te remito."

A OTRO

"Vos no cuidás tu familia
Ni le das los menesteres;
Visitás otras mujeres,
Y es preciso, calavera,
Que aprendás en la frontera
A cumplir con tus deberes."

A OTRO

"Vos también sos trabajoso;
Cuando es preciso votar
Hay que mandarte llamar
Y siempre andás medio alzao;
Sos un desubordinao,
Y yo te voy a filiar."

A OTRO

"Cuanto tiempo hace que vos
Andás en este partido?
Cuantas veces has venido
A la citación del Juez?
No te he visto ni una vez:
Has de ser algún perdido."

A OTRO

"Este es otro barullero
Que pasa en la pulpería
Predicando noche y día
Y anarquizando a la gente:
Irás en el contingente
Por tamaña picardía."

A OTRO

"Dende la anterior remesa
Vos andás medio perdido;
La autoridá no ha podido
Jamás hacerte votar:
Cuando te mandan llamar
Te pasás a otro partido."

A OTRO

"Vos siempre andas de florcita:
No tenés renta ni oficio;
No has hecho ningún servicio;
No has votado ni una vez.
!Marchá!... para que dejés
De andar haciendo perjuicio."

A OTRO

"Dame vos tu papeleta:
Yo te la voy a tener.
Esta queda en mi poder;
Despúes la recogerás,
Y ansí, si te resertás,
Todos te puedan prender."

A OTRO

"Vos, porque sos ecetuao,
Ya te querés sulevar;
No vinistes a votar
Cuando hubieron eleciones;
No te valdrán ececiones:
!Yo te voy a enderezar! "

Y a éste por este motivo
Y a otro por otra razón,
Toditos, en conclusión,
Sin que escapara ninguno,
Jueron pasando uno a uno
A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
Las madres y las esposas
Redamaban cariñosas
Sus lágrimas de dolor;
Pero gemidos de amor
No remedian estas cosas.

Nada importa que una madre
Se desespere o se queje,
Que un hombre a su mujer deje
En el mayor desamparo;
Hay que callarse, o es claro
Que lo quiebran por el eje.

Dentran despúes a empeñarse
Con este o aquel vecino;
Y, como en el masculino,
El que menos corre, vuela,
Deben andar con cautela
Las pobres, me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,
Por salvar de la jugada;
El les hizo una cuerpiada,
Y, por mostrar su inocencia,
Les dijo: "Tengan pacencia
Pues yo no puedo hacer nada."

Ante aquella autoridá
Permanecían suplicantes,
Y, después de hablar bastante,
"Yo me lavo"; dijo el Juez,
"Como Pilatos los pies:
Esto lo hace el Comendante."

De ver tanto desamparo
El corazón se partía;
Había madre que salía
Con dos; tres hijos o más,
Por delante y por detrás,
Y las maletas vacías.

"Donde irán?", pensaba yo,
"A perecer de miseria?
Las pobres, si de esta feria
Hablan mal, tienen razón;
Pues hay bastante materia
Para tan justa aflición."

Capitulo 26:

Cuando me llegó mi turno
Dije entre mí: "Ya me toca",
Y aunque mi falta era poca
No sé por que me asustaba;
Les asiguro que estaba
Con el Jesús en Ia boca.

Me dijo que yo era un vago,
Un jugador, un perdido;
Que dende que fí al partido
Andaba de picaflor;
Que había de ser un bandido
Como mi antesucesor.

Puede que uno tenga un vicio
Y que de él no se reforme,
Mas naides esta conforme
Con recebir ese trato:
Yo conocí que era el ñato
Quien le había dao los informes.

Me dentro curiosidá,
Al ver que de esa manera
Tan siguro me dijera
Que jué mi padre un bandido;
Luego, lo habrá conocido,
Y yo inoraba quien era.

Me empeñé en aviriguarlo;
Promesas hice a Jesús;

Tuve por fin una luz
Y supe con alegría
Que era el autor de mis días
El guapo Sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
Y la tenía muy presente:
Sabía que Cruz, bravamente,
Yendo con una partida,
Había jugado la vida
Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
Que lo mantenga en su gloria;
Se ha de conservar su historia
En el corazón del hijo;
El al morir me bendijo
Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
Y lo conseguí de veras;
Puedo decir ande quiera
Que, si faltas he tenido,
De todas me he corregido
Dende que supe quién era.

El que sabe ser güen hijo
A los suyos se parece;
Y aquel que a su lado crece
Y a su padre no hace honor,
Como castigo merece
De la desdicha el rigor.

Con un empeño costante
Mis faltas supe enmendar;
Todo conseguí olvidar,
Pero, por desgracia mía,
El nombre de Picardía
No me lo pude quitar.

Aquel que tiene güen nombre
Muchos dijustos se ahorra,
Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por esperencia
Que el mal nombre no se borra.

Capítulo 26

Cuando me llegó mi turno
Dije entre mí: "Ya me toca",
Y aunque mi falta era poca
No sé por que me asustaba;
Les asiguro que estaba
Con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago,
Un jugador, un perdido;
Que dende que fí al partido
Andaba de picaflor;
Que había de ser un bandido
Como mi antesucesor.

Puede que uno tenga un vicio
Y que de él no se reforme,
Mas naides esta conforme
Con recebir ese trato:
Yo conocí que era el ñato
Quien le había dao los informes.

Me dentro curiosidá,
Al ver que de esa manera
Tan siguro me dijera
Que jué mi padre un bandido;
Luego, lo habrá conocido,
Y yo inoraba quien era.

Me empeñé en aviriguarlo;
Promesas hice a Jesús;
Tuve por fin una luz
Y supe con alegría
Que era el autor de mis días
El guapo Sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
Y la tenía muy presente:
Sabía que Cruz, bravamente,
Yendo con una partida,
Había jugado la vida
Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
Que lo mantenga en su gloria;
Se ha de conservar su historia
En el corazón del hijo;
El al morir me bendijo

Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
Y lo conseguí de veras;
Puedo decir ande quiera
Que, si faltas he tenido,
De todas me he corregido
Dende que supe quién era.

El que sabe ser güen hijo
A los suyos se parece;
Y aquel que a su lado crece
Y a su padre no hace honor,
Como castigo merece
De la desdicha el rigor.

Con un empeño costante
Mis faltas supe enmendar;
Todo conseguí olvidar,
Pero, por desgracia mía,
El nombre de Picardía
No me lo pude quitar.

Aquel que tiene güen nombre
Muchos dijustos se ahorra,
Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por esperencia
Que el mal nombre no se borra.

Capítulo 27

He servido en la frontera
En un cuerpo de milicias;
No por razón de justicia
Como sirve cualesquiera.

La bolilla me tocó
De ir a pasar malos ratos
Por la facultá del ñato,
Que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia,
Por una malaquerencia
De un oficial subalterno.

No repetiré las quejas
De lo que se sufre allá:
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas, de viejas.

Siempre el mesmo trabajar,
Siempre el mesmo sacrificio,
Es siempre el mesmo servicio,
Y el mesmo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos,
Siempre desnudos y pobres,
Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme
Lo pasa uno aunque sucumba:
Confórmese con la tumba;
Y si no... no se conforme.

Pues si usté se ensoberbece
O no anda muy voluntario,
Le aplican un novenario
De estacas... que lo enloquecen.

Andan como pordioseros
Sin que un peso los alumbre,
Porque han tomao la costumbre
De deberle años enteros.

Siempre hablan de lo que cuesta;
Que allá se gasta un platal:
!Pues yo no he visto ni un rial
En lo que duró la fiesta!

Es servicio estrordinario
Bajo el jusil y la vara,
Sin que sepamos qué cara
Le ha dao Dios al Comisario.

Pues si va a hacer la revista
Se vuelve como una bala:
Es lo mesmo que luz mala
Para perderse de vista;

Y de yapa cuando va,
Todo parece estudiao:

Van con meses atrasaos
De gente que ya no está;

Pues si adrede que lo hagan,
Podrán hacerlo mejor:
Cuando cai, cai con la paga
Del contingente anterior;

Porque son como sentencia
Para buscar al ausente,
Y el pobre que está presente
Que perezca en la endigencia;

Hasta que, tanto aguantar
El rigor con que lo tratan
O se resierta, o lo matan,
O lo largan sin pagar.

De ese modo es el pastel,
Porque el gaucho -ya es un hecho-
No tiene ningún derecho,
Ni naides vuelve por él.

!La gente vive marchita!
Si viera cuando echan tropa:
Les vuela a todos la ropa
Que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan,
Y al cabo de tanto andar,
Cuando lo largan, lo largan
Como pa echarse a la mar.

Si alguna prenda le han dao
Se la vuelven a quitar:
Poncho, caballo, recao,
Todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices,
Al volver a su destino,
Salen como unos Longinos
Sin tener con que cubrirse.

A mí me daba congojas
El mirarlos de ese modo,
Pues el más aviao de todos
Es un perejil sin hojas.

Aura poco ha sucedido,
Con un invierno tan crudo,
Largarlos a pie y desnudos
Pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa
Que, en aquella situación,
Les niegan un mancarrón
Para volver a su casa.

!Lo tratan como a un infiel!
Completan su sacrificio
No dándole ni un papel
Que acredite su servicio.

Y tiene que regresar
Más pobre de lo que jué;
Por supuesto, a la mercé
Del que lo quiere agarrar.

Y no averigüe después
De los bienes que dejó:
De hambre, su mujer vendió
por dos lo que vale diez.

Y como están convenidos
A jugarle manganeta,
A reclamar no se meta,
Porque ése es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna estancia
A pedir carne se arrima,
Al punto le cain encima
Con la ley de la vagancia.

Y ya es tiempo, pienso yo,
De no dar más contingente:
Si el Gobierno quiere gente,
Que la pague y se acabó.

Y saco así en conclusión,
En medio de mi inorancia,
Que aquí el nacer en estancia
Es como una maldición.

Y digo, aunque no me cuadre
Decir lo que naides dijo:
La Provincia es una madre

Que no defiende a sus hijos.

Mueren en alguna loma
En defensa de la ley,
O andan lo mesmo que el güey,
Arando pa que otros coman.

Y he de decir ansí mismo
Porque de adentro me brota
Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota.

Capítulo 28

Se me va por donde quiera
Esta lengua del demonio.
Voy a darles testimonio
De lo que vi en la frontera.

Yo sé que el único modo,
A fin de pasarlo bien,
Ee decir a todo: Amén,
Y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón
En cualquier parte se tiende:
El gato busca el jogón
Y ese es mozo que lo entiende.

De aquí comprenderse debe,
Aunque yo hable de este modo,
Que uno busca su acomodo
Siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos
Este pobre penitente;
Pero salí de asistente,
Y mejoré en cierto modo;

Pues aunque esas privaciones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogón
De aquel que carga galones.

De entonces en adelante
Algo logré mejorar,
Pues supe hacerme lugar

Al lado del ayudante.

El se daba muchos aires:
Pasaba siempre leyendo;
Decían que estaba aprendiendo
Pa recebirse de flaire.

Aunque lo pifiaban tanto,
Jamás lo vi dijustao;
Tenía los ojos paraos
Como los ojos de un santo.

Muy delicao, dormía en cuja;
Y no sé por qué sería,
La gente lo aborrecía
Y le llamaban La Bruja.

Jamás hizo otro servicio
Ni tuvo mas comisiones
Que recebir las raciones
De víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón
Al punto que me sacó,
Y ya con el me llevó
A cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos
De todo sacan partido:
Cuando nos vían riunidos
Se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones
Como por chocarrería:
"Con la Bruja y Picardía
Van a andar bien las raciones."

A mí no me jué tan mal,
Pues mi oficial se arreglaba;
Les diré lo que pasaba
Sobre este particular.

Decían que estaba de acuerdo
La Bruja y el provedor,
Y que recebía lo pior;
Puede ser, pues no era lerdo.

Que a más en la cantidá

Pegaba otro dentellón,
Y que por cada ración
Le entregaban la mitá;

Y que esto lo hacía del modo
Como lo hace un hombre vivo:
Firmando luego el recibo,
Ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento.
Déjenme seguir mi cuento,
O historia de las raciones.

La Bruja las recebía,
Como se ha dicho, a su modo;
Las cargabamos, y todo
Se entriega en la Mayoría.

Sacan allí en abundancia
Lo que les toca sacar,
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía;
Las recibe el Comendante,
El que, de un modo abundante,
Sacaba cuanto quería.

Ansí la cosa liviana
Va mermada, por supuesto;
Luego se le entrega el resto
Al oficial de semana.
Araña, quien te arañó?
Otra araña como yo.

Este le pasa al sargento
Aquello tan reducido,
Y, como hombre prevenido,
Saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto,
El sargento llama al cabo
Para encargarle el reparto.

El también saca primero
Y no se sabe turbar:

Naides le va a aviriguar
Si ha sacado más o menos.

Y sufren tanto bocao
Y hacen tantas estaciones,
Que ya casi no hay raciones
Cuando llegan al soldao.

!Todo es como pan bendito!
Y sucede de ordinario
Tener que juatarse varios
Para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van
Con arreglo a la ordenanza.
!Puede ser! pero no alcanzan;
!Tan poquito es lo que dan!

Algunas veces, yo pienso,
Y es muy justo que lo diga,
Solo llegaban las migas
Que habían quedao en los lienzos.

Y esplican aquel infierno
En que uno está medio loco
Diciendo gue dan tan poco
Porque no paga el Gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,
Ni a aviriguarlo me meto;
Soy inorante completo
Nada olvido y nada apriendo.

Tiene uno que soportar
El tratamiento mas vil:
A palos en lo civil
A sable en lo militar.

El vistuario es otro infierno;
Si lo dan, llega a sus manos
En invierno el de verano,
Y en el verano el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro
Ni la razón que esto tiene,
Mas dicen que eso ya viene
Arreglao dende adentro.

Y es necesario aguantar
El rigor de su destino;
El gaucho no es argentino
Sino pa hacerlo matar.

Ansi ha de ser, no lo dudo;
Y por eso decía un tonto:
"Si los han de matar pronto,
Mejor es que estén desnudos,"

Pues esa miseria vieja
No se remedia jamás;
Todo el que viene detrás
Como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos
Que dicen de güena gana:
"El gaucho es como la lana:
Se limpia y compone a palos."

Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene;
Parece que el gaucho tiene
Algún pecao que pagar.

Capítulo 29

Esto cantó Picardía
Y después guardó silencio,
Mientras todos celebraban
Con placer aquel encuentro.
Mas una casualidá
-Como que nunca anda lejos-
Entre tanta gente blanca
Llevó tambien un moreno,
Presumido de cantor
Y que se tenía por güeno.
Y como quien no hace nada,
O se descuida de intento,
Pues siempre es muy conocido
Todo aquel que busca pleito,
Se sentó con toda calma,
Echo mano al estrumento
Y ya le pegó un ragido:
Era fantástico el negro;
Y para no dejar dudas,

Medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
La intención de aquel moreno:
Era claro el desafío
Dirigido a Martín Fierro,
Hecho con toda arrogancia,
De un modo muy altanero.
Tomó Fierro la guitarra,
Pues siempre se halla dispuesto,
Y ansí cantaron los dos,
En medio de un gran silencio.

Capítulo 30

MARTIN FIERRO

Mientras suene el encordao,
Mientras encuentre el compás
Yo no he de quedarme atrás
Sin defender la parada,
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.

Atiendan, pues, los oyentes
Y cáyense los mirones;
A todos pido perdones,
Pues a la vista resalta
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman güeno
Cuando es mejor que los piores;
Y sin ser de los mejores,
Encontrándose dos juntos,
Es deber de los cantores
El cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue;
Hace mal el que se niegue,
Dende que lo sabe hacer;
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor
(Es una cosa muy dicha);
Mas la suerte se encapricha

Y me persigue costante:
De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar;
Veré si puedo olvidar
Tan desgraciada mudanza,
Y quien se tenga confianza
Tiemple, y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos;
Trasnochadas no acobardan.
Los concurrentes aguardan,
Y porque el tiempo no pierdan,
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga o no quien lo ampare,
No espere que yo dispare
Aunque su saber sea mucho:
Vamos en el mesmo pucho
A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día;
Era la costumbre mía
Cantar las noches enteras:
Había entonces, donde quiera,
Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
A seguir la caravana,
O si cantando no gana,
Se lo digo sin lisonja:
Haga sonar una esponja
O ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy, señores míos,
Sino un pobre guitarrero,
Pero doy gracias al Cielo
Porque puedo, en la ocasión,
Toparme con un cantor
Que esperimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blancos los dientes;
Sé vivir entre las gentes
Sin que me tengan en menos:
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares;
Tal vez por eso me ampare
La Providencia divina:
En los güevos de gallina
El décimo es el mas grande.

El negro es muy amoroso,
Aunque de esto no hace gala;
Nada a su cariño iguala
Ni a su tierna voluntá;
Fs lo mesmo que el macá:
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de naides;
Siempre he cruzado los aires
Como el pájaro sin nido;
Cuanto se lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
El porqué retumba el trueno;
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno;
Sé también de donde salen
Las aguas que cain del cielo.

Yo sé lo gue hay en la tierra
En llegando al mesmo centro;
En dónde se encuentra el oro,
En dónde se encuentra el fierro
Y en dónde viven bramando
Loe volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
Donde los pejes nacieron;
Yo sé por que crece el árbol,
Y por que silban los vientos:
Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran;
Cuando me aflojan, aflojo;
No se ha de morir de antojo
Quien me convide a cantar;
Para conocer a un cojo
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir a esta riunión,
Echándola de cantor,
Pido perdón en voz alta
Pues nunca se halla una falta
Que no esista otra mayor.

De lo que un cantor esplica
No falta qué aprovechar
Y se le debe escuchar
Aunque sea negro el que cante:
Apriende el que es inorante,
Y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente mas negra
Hay pensamiento y hay vida.
La gente escuche tranquila,
No me haga ningún reproche:
Tambien es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy, pues, a su mandao;
Empiece a echarme la sonda,
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosco:
En leturas no conozco
La jota, por ser redonda.

MARTIN FIERRO

!Ah, negro!, si sos tan sabio
No tengás ningun recelo
Pero has tragao el anzuelo
Y al compás del estrumento
Has de decirme al momento
Cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color

Dios hizo al hombre primero,
Más los blancos altaneros,
Los mesmos que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan
Y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro, blanco lo pinta;
Blanca la cara o retinta
No habla en contra ni en favor:
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene al pelo,
Veré, señores, si puedo,
Sigún mi escaso saber,
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio:
Lloran al cair el rocío
Cantan al silbar los vientos
Lloran cuando cain las aguas.
Cantan cuando brama el trueno.

MARTIN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores;
Les mandó iguales dolores
Bajo de una mesma cruz;
Mas también hizo la luz
Pa distinguir los colores.

Ansi, ninguno se agravie;
No se trata de ofender,
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama,
Y a naides le quita fama
Lo que recibio al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra;
Y si en tu saber se encierra
El de los sabios projundos;
Decíme cual en el mundo

Es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón,
Mas pa dar contestación
Mi inorancia no se arredra:
También da chispas la piedra
Si la golpia el eslabón.

Y le daré una respuesta
Sigún mis pocos alcances:
Forman un canto en la tierra
El dolor de tanta madre,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

MARTIN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta;
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores;
En los pájaros cantores
Solo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te vayás a turbar,
No te agrandés ni te achiques;
Es preciso que me expliques
Cuál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende;
De un don que de otro depende
Naides se debe alabar,
Pues la urraca apriende a hablar,
Pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame, ingenio mío,
Para ganar esta apuesta;
Mucho el contestar me cuesta.
Pero debo contestar;
Yoy a decir en respuesta

Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
El mar, que todo lo encierra,
Canta de un modo que aterra,
Corno si el mundo temblara:
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

MARTIN FIERRO

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez;
Ganarás sólo que estés
En baca con algún santo.
La noche tiene su canto,
Y me has de decir cuál es.

EL MORENO

No galope, que hay aujeros,
Le dijo a un guapo un prudente
Le contestó humildemente:
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber por dónde vienen.

Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden;
Son los ecos que responden
A la voz del que da un grito;
Como un lamento infinito
Que viene no sé de dónde.

A las sombras sólo el sol
Las penetra y las impone;
En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos:
Son almas de los que han muerto,
Que nos piden oraciones.

MARTIN FIERRO

Moreno, por tus respuestas
Yo te aplico el cartabón,
Pues tenés desposición
Y sos estruido, de yapa:
Ni las sombras se te escapan

Para dar esplicación.

Pero cumple su deber
El lial diciendo lo cierto,
Y, por lo tanto, te alvierto
Que hemos de cantar los dos,
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida;
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor.
Y aura quiero que me digas
De dónde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan escura
Trataré de responder,
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de estancia,
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires
Que cruza por donde quiera,
Y si al fin de su carrera
Se asienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
De la que es rey y señor;
Allí lanza con juror
Esos bramidos que espantan,
Porque las fieras no cantan:
Las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color;
Ama el hombre con ardor;
Ama todo cuanto vive:
De Dios vida se recibe,
Y donde hay vida, hay amor.

MARTIN FIERRO

Me gusta, negro ladino,
Lo que acabás de esplicar;
Ya te empiezo a respetar;
Aundue al principio me rei,
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar;
Dende que aprendí a inorar
De ningún saber me asombro,
Mas no ha de llevarme al hombro
Quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidá es muy poca;
Más cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate,
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto,
Lo más espinoso elige;
Pero esto poco me aflige
Y le contesto a mi modo:
La ley se hace para todos,
Mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña
--En mi inorancia lo esplico--.
No la tema el hombre rico;
Nunca la tema el que mande;
Pues la ruempe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia:
Nunca puede ser pareja;
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo:
La ley es como el cuchillo:
No ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien;
Los que la gobiernan ven
A dónde han de dar el tajo:

Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son dotores,
Y de su cencia no dudo;
Mas yo soy un negro rudo
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTIN FIERRO

Moreno, vuelvo a decirte:
Ya conozco tu medida;
Has aprovechao la vida,
Y me alegro de este encuentro;
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir;
Porque en mi deber está
(Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebla)
Que sos por juera tinieblas
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abusé de tu pacencia,
Y en justa correspondencia,
Si algo querés preguntar,
Podés al punto empezar,
Pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabes lengua mía;
No te vayas a turbar;
Nadie acierta antes de errar,
Y, aunque la fama se juega,
El que por gusto navega
No debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas,
Ya que a tanto nne convida,
Y vencerá en la partida
Si una esplicación me da
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidá.

Suya sera la vitoria
Si es que sabe contestar;
Se lo debo declarar
Con claridá, no se asombre,
Pues hasta aura ningún hombre
Me lo ha sabido esplicar.

Quiero saber y lo inoro,
Pues en mis libros no está
-Y su respuesta vendrá
A servirme de gobierno-,
Para que fin el Eterno
Ha criado la cantidá.

MARTIN FIERRO

Moreno, te dejas cair
Como carancho en su nido;
Ya veo que sos prevenido,
Mas también estoy dispuesto;
Veremos si te contesto
Y si te das por vencido.

Uno es el sol, uno el mundo,
Sola y única es la luna
Ansí han de saber que Dios
No crió cantidá ninguna.

El ser de todos los seres
Solo formo la unidá;
Lo demás lo ha criado el hombre
Después que aprendió a contar.

EL MORENO

Verernos si a otra pregunta
Da una respuesta cumplida:
El ser que Ha criado la vida
Lo ha de tener en su archivo,
Mas yo inoro que motivo
Tuvo al formar la medida.

MARTIN FIERRO

Escuchá con atención
Lo que en mi inorancia arguyo:
La medida la inventó

E1 hombre para bien suyo;

Y la razón no te asombre,
Pues es fácil presumir:
Dios no tenía que medir
Sino la vida del hombre.

EL MORENO

Si no falla su saber
Por vencedor lo confieso;
Debe aprender todo eso
Quien a cantar se dedique;
Y aura quiero que me esplique
La que significa el peso.

MARTIN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra,
Y mandó que todo peso
Cayera siempre en la tierra;

Y sigún compriendo yo,
Dende que hay bienes y males,
Jué el peso para pesar
Las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde a esta pregunta
Tengase por vencedor
(Doy la derecha al mejor);
Y respóndame al momento:
Cuando formó Dios el tiempo
Y por que lo dividió?

MARTIN FIERRO

Moreno, voy a decir,
Sigún mi saber alcanza:
El tiempo sólo es tardanza
De lo que está por venir;

No tuvo nunca principio
Ni jamás acabará,
Porque el tiempo es una rueda.
Y rueda es eternidá.

Y si el hombre lo divide,
Sólo lo hace, en mi sentir,
Por saber lo que ha vivido
O le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
Mas no gana quien despunta;
Si tenés otra pregunta
O de algo te has olvidao,
Siempre estoy a tu mandao
Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
Ni tampoco por jactancia,
Mas no ha de faltar costancia
Cuando es preciso luchar;
Y te convido a cantar
Sobre cosas de la estancia.

Ansi prepará, moreno,
Cuanto tu saber encierre,
Y sin que tu lengua yerre,
Me has de decir lo que empriende;
El que del tiempo depende,
En los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar;
Y aunque me puede doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar.

He reclarao que en leturas
Soy redondo como jota;
No avergüence mi redota,
Pues con claridá le digo:
No me gusta que conmigo
Naides juegue a la pelota.

Es güena ley que el más lerdo
Debe perder la carrera;
Ansí le pasa a cualquiera,
Cuando en competencia se halla
Un cantor de media talla

con otro de talla entera.

No han visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido,
Dando güeltas afligido,
Sin saber donde rumbiar?
Ansí le suele pasar
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen
Si el ventarrón los azota,
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
Pongo de testigo al Cielo
Para decir sin recelo
Que, si mi pecho se inflama.
No cantaré por la fama
Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperao
Quien no tiene qué esperar;
A lo que no ha de durar
Ningún cariño se cobre;
Alegrías en un pobre
Son anuncios de pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva;
Aunque un consuelo reciba
Jamás he de alzar el vuelo:
Quien no nace para el cielo
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
Que me permitan decir
Que, al decidirme a venir,
No sólo jué por cantar,
Sino porque tengo a más
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
Jueron diez los que nacieron,
Mas ya no esiste el primero
Y mas querido de todos:

Murió por injustos modos
A manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
Como güerfanos quedamos;
Dende entonces lo lloramos
Sin consuelo, creanmeló,
Y al hombre que lo mató,
Nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos
De aquel hermano querido;
A moverlos no he venido,
Mas, si el caso se presienta,
Espero en Dios que esta cuenta
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Para que esto se complete,
Por mucho que lo respete,
Cantaremos, si le gusta,
Sobre las muertes injustas.
Que algunos hombres cometen.

Y aquí, pues, señores míos,
Diré, como en despedida,
Que todavía andan con vida
Los hermanos del dijunto,
Que recuerdan este asunto
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan projundo
Lo que está por suceder,
Que no me debo meter
A echarla aquí de adivino;
Lo que decida el destino
Después lo habran de saber.

MARTIN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
Después de tanto charlar;
Ya empezaba a maliciar,
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos,

Basta de conversación;
Para encontrar la ocasión
No tienen que darse priesa;
Ya conozco yo que empieza
Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá;
Tampoco soy adivino;
pero firme en mi camino
Hasta el fin he de seguir:
Todos tienen que cumplir
Con la ley de su destino.

Primero jué la frontera
Por persecución de un juez;
Los indios jueron después,
Y, para nuevos estrenos,
Aura son estos morenos
Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
Lo que cualquiera no hace,
Y tal vez de los diez pase
Con iguales condiciones:
La mulita pare nones,
Todos de la mesma clase.

A hombre de humilde color
Nunca sé facilitar;
Cuando se llega a enojar
Suele ser de mala entraña:
Se vuelve como la araña,
Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos
Los negros mas peliadores;
Había algunos superiores
De cuerpo y de vista... !ahijuna!
Si vivo, les daré una...
Historia de las mejores.

Mas cada uno ha de tirar
En el yugo en que se vea;
Yo ya no busco peleas,
Las contiendas no me gustan,
Pero ni sombras me asustan
Ni bultos que se menean.

La creia ya desollada,
Mas todavía falta el rabo,
Y por lo visto no acabo
De salir de esta jarana;
Pues esto es lo que se llama
Remacharsele a uno el clavo.

Capítulo 31

Y después de estas palabras
Que ya la intención revelan,
Procurando los presentes
Que no se armara pendencia,
Se pusieron de por medio
Y la cosa quedó quieta.
Martín Fierro y los muchachos,
Evitando la contienda,
Montaron y paso a paso,
Como el que miedo no lleva,
A la costa de un arroyo
Llegaron a echar pie a tierra.
Desensillaron los pingos
Y se sentaron en rueda,
Refiriéndose entre sí
Infinitas menudencias
Porque tiene muchos cuentos
Y muchos hijos la ausiencia.
Allí pasaron la noche
A la luz de las estrellas,
Porque ese es un cortinao
Que lo halla uno donde quiera,
Y el gaucho sabe arreglarse
Como ninguno se arregla:
El colchón son las caronas,
El lomillo es cabecera,
E1 cojinillo es blandura
Y con el poncho o la jerga;
Para salvar del rocío,
Se cubre hasta la cabeza.
Tiene su cuchillo al lado
-Pues la precaución es güena-,
Freno y rebenque a la mano,
Y, teniendo el pingo cerca,
Que pa asigurarlo bien
La argolla del lazo entierra
--Aunque el atar con el lazo
Da del hombre mala idea--,

Se duerme ansí muy tranquilo
Todita la noche entera;
Y si es lejos del camino,
Como manda la prudencia,
Mas siguro que en su rancho
Uno ronca a pierna suelta
Pues en el suelo no hay chinche
Y es una cuja camera
Que no ocasiona disputas
Y que naides se la niega.
Ademas de eso, una noche
La pasa uno como quiera,
Y las va pasando todas
Haciendo la mesma cuenta;
Y luego los pajaritos
Al aclarar lo dispiertan,
Porque el sueño no lo agarra
A quien sin cenar se acuesta.
Ansí, pues, aquella noche
Jué para ellos una fiesta,
Pues todo parece alegre
Cuando el corazón se alegra.
No pudiendo vivir juntos
Por su estado de pobreza,
Resolvieron separarse
Y que cada cual se juera
A procurarse un refugio
Que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
Para empezar vida nueva,
En aquella soledá
Martín Fierro, con prudencia,
A sus hijos y al de Cruz
Les habló de esta manera:

Capítulo 32

-Un padre que da consejos
Más que padre es un amigo;
Ansi como tal les digo
Que vivan con precaución:
Naides sabe en que rincón
Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada:
No estrañen si en la jugada
Alguna vez me equivoco,

Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas gúenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada;
El hombre, de una mirada,
Todo ha de verlo al momento:
El primer conocimiento
Es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren
Nunca en corazón alguno;
En el mayor infortunio
Pongan su confianza en Dios;
De los hombres, sólo en uno;
Con gran precaución en dos.

Las faltas no tiene límites
Como tienen los terrenos;
Se encuentran en los mas güenos,
Y es justo que les prevenga:
Aquel que defetos tenga,
Disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de el:
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es güeno que a uno le asalten,
Ansi, no se sobresalten
Por los bienes que perezcan;
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa, hasta entre pampas,
El que respeta a la gente;
El hombre ha de ser prudente

Para librarse de enojos:
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley,
Porque es preciso alquirir;
No se espongan a sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen,
Porque naides se acobarda;
Poco en conocerlo tarda
Quien amenaza imprudente:
Que hay un peligro presente
Y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo
-Por esperencia lo afirmo-,
Más que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en si mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía;
Sin ella sucumbiría:
Pero, sigún mi esperencia,
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente;
Y, tenganló bien presente:
Si al compararla no yerro,
La ocasión es como el fierro:
Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar;

Pero les debo enseñar,
Y es gúeno que lo recuerden:
Si la verguenza se pierde,
Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos
Porque ésa es la ley primera
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea,
Porque, si entre ellos pelean,
Los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos:
El burlarlos no es hazaña;
Si andan entre gente estraña
Deben ser muy precavidos,
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña, cuando es vieja,
Pierde la vista, y procuran
Cuidarla en su edá madura
Todas sus hijas pequeñas:
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
Aunque la echen en olvido,
Vivan siempre prevenidos;
Pues ciertamente sucede
Que hablará muy mal de ustedes
Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda,
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece:
Obedezca al que obedece
Y será gúeno el que manda.

Procuren de no perder
Ni el tiempo ni la vergüenza;
Como todo hombre que piensa,
Procedan siempre con juicio;
Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado

Le tiene al robo afición;
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre,
Pues no es vergúenza ser pobre
Y es vergúenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
Ni pelé por fantasía;
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
No se olvida hasta la muerte;
La impresión es de tal suerte,
Que, a mi pesar, no lo niego,
Cai como gotas de juego
En la alma dei que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
El trago el pior enemigo;
Con cariño se los digo,
Recuérdenlo con cuidado:
Aquel que ofiende embriagado
Merece doble castigo.

Si se arma algun revolutis,
Siempre han de ser los primeros,
No se muestren altaneros,
Aungue la razón les sobre:
En la barba de los pobres
Aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón
A alguna mujer querida,
No le hagan una partida
Que la ofienda a la mujer:
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento,
Ni tiemplen el estrumento
Por sólo el gusto de hablar,
Y acostúmbrense a cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
Que me ha costado alquirirlos,
Porque deseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi cencia
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
Medité en mis soledades;
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos:
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

Capítulo 33

Después a los cuatro vientos
Los cuatro se dirigieron;
Una promesa se hicieron
Que todos debían cumplir;
Mas no la puedo decir
Pues secreto prometieron.

Les alvierto solamente
-Y esto a ninguno le asombre,
Pues muchas veces el hombre
Tiene que hacer de ese modo-;
Convinieron entre todos
En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala
Lo hicieron, no tengo duda;
Pero es la verdá desnuda
--Siempre suele suceder--:
Aquel que su nombre muda
Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
Con que he divertido a ustedes;
Todos conocerlo pueden
Que tuve costancia suma:
Este es un botón de pluma
Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido,

Y ya he salido del paso;
Pero diré, por si acaso,
Pa que me entiendan los criollos:
Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin espresar hasta cuándo;
Siempre corta por lo blando
El que busca lo siguro,
Mas yo corto por lo duro,
Y ansí he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en su selva,
El zorro en la cueva ajena,
Y, en su destino incostante,
Solo el gaucho vive errante
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho,
Porque naides toma a pechos
El defender a su raza:
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
Estos enriedos maaditos;
La obra no la facilito
Porque aumentan el fandango
Los que están, como el chimango
Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
Que esto llegue a mejorar;
Pero se ha de recordar,
Para hacer bien el trabajo,
Que el juego, pa calentar,
Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
Si hace lo que le aproveche;
De sus favores sospeche
Hasta el mesmo que lo nombra
Siempre es dañosa la sombra
Del árbol que tiene leche.

Al pobre, al menor descuido,
Lo levantan de un sogazo,
Pero yo compriendo el caso
Y esta consecuencia saco:
El gaucho es el cuero flaco:
Da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
Todos deben tener fé;
Ansí; pues, entiendanmé,
Can codicias no me mancho:
No se ha de llover el rancho
En donde este libro esté.

Permítanme descansar,
!Pues he trabajado tanto!
En este punto me planto
Y a continuar me resisto:
Estos son treinta y tres cantos,
Que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar:
En mi obra he de continuar
Hasta dárselas concluida,
Si el ingenio o si la vida
No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
Tenganló todos por cierto
Que el gaucho, hasta en el desierto,
Sentirá en tal ocasión
Tristeza en el corazón,
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
Las de todos mis hermanos;
Ellos guardaran ufanos
En su corazón mi historia:
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria;
Y aquellos que en esta historia
Sospechen que les doy palo,
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido
Pues a ninguno incomodo,
Y si canto de este modo,
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno
Sino para bien de todos.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo